



CATÁLOGO DOCENTE



Toda la magia de los buenos libros



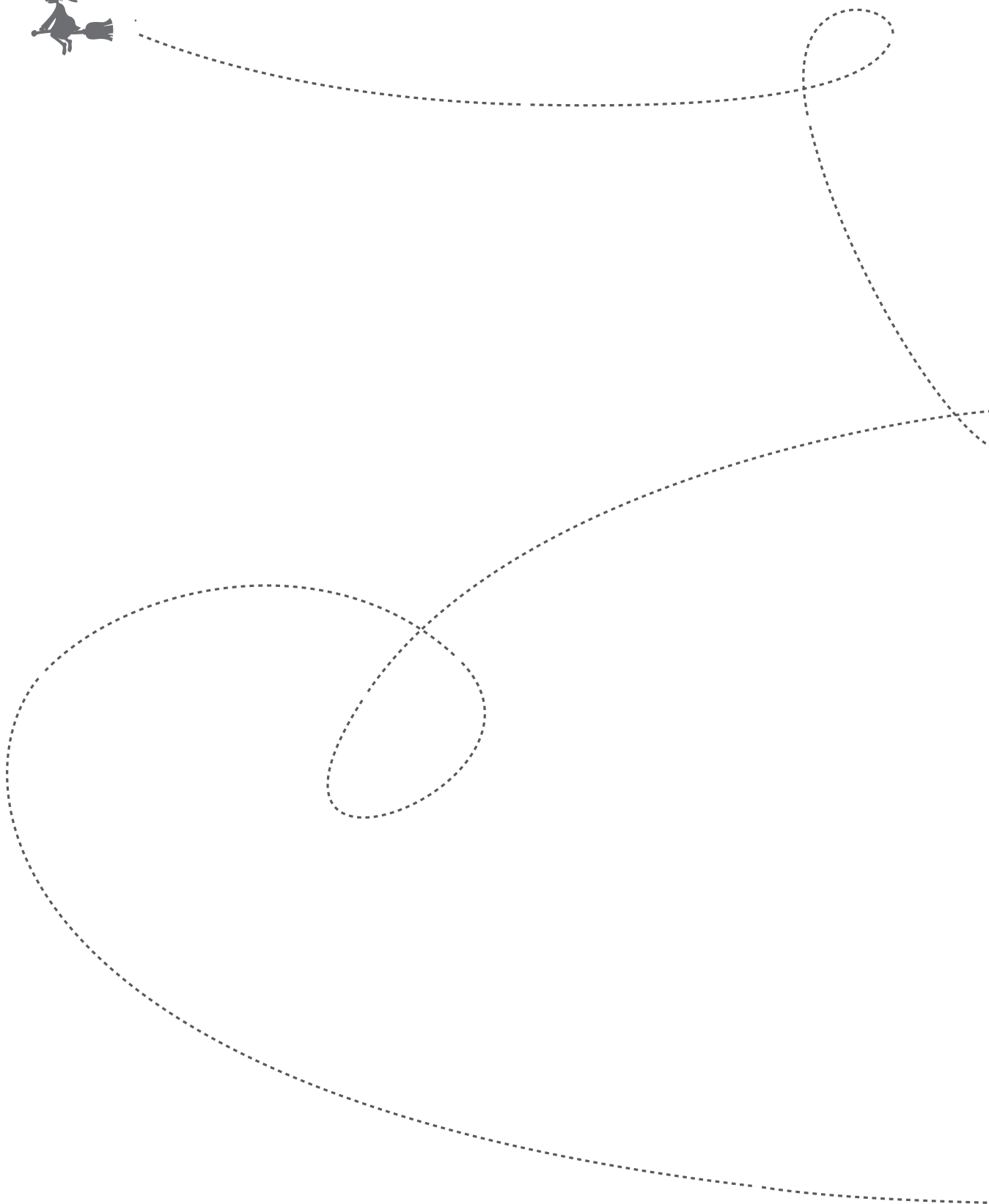
La Brujita de Papel

CATÁLOGO DOCENTE



Toda la magia de los buenos libros

La Brujita  de Papel



Estimados docentes:

A La Brujita de Papel le interesa, al igual que a ustedes, que los chicos descubran el placer de leer y se inicien en esta aventura sin asociar a ella la obligación o el aburrimiento. Para ello es fundamental acertar con los intereses propios de su edad y elegir títulos que les permitan ampliar, disfrutar y enriquecer sus experiencias.

Pensando en esos encuentros literarios, les acercamos a los docentes este catálogo en donde presentamos una serie de títulos cuidadosamente seleccionados para cada uno de los grados de la escuela primaria.

En esta selección se presenta un fragmento de cada obra recomendada junto a una serie de actividades para su abordaje, de manera tal que los alumnos contarán con la posibilidad de comenzar a conocer cada historia y decidir si quieren continuar con la lectura.

El cuadernillo se encuentra organizado de la siguiente manera:

• **Presentación del libro.**

Se incluye la imagen de la tapa del libro recomendado y una breve sinopsis del contenido.

• **Información sobre autores e ilustradores.**

Se presentan breves reseñas de las biografías de los creadores de la obra.

• **Recomendaciones para el docente.**

Se proponen diferentes actividades para realizar antes de leer y después de haber leído el fragmento de la obra. Además, se presentan y se recomiendan otras lecturas.

• **Fragmento de la obra.**

Se reproduce el fragmento a partir del cual se trabajará.

• **Actividades.**

Se presentan actividades de vocabulario, comprensión y análisis que pueden ser resueltas a partir del fragmento de la obra que se reproduce. Algunas de ellas son individuales y otras, grupales. Estas actividades fueron pensadas y desarrolladas a partir de los contenidos curriculares correspondientes a cada uno de los grados.

Arte y diseño:
Clara Chimondeguy

Contenidos y asesoramiento pedagógico:
Julia Elena Martínez

© 2016, La Brujita de Papel S.A.
Córdoba 744
Buenos Aires, Argentina

www.labrujitadepapel.com.ar
facebook: La Brujita de Papel

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los editores, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción total o parcial de este catálogo y de los textos aquí impresos, que pertenecen a libros de autores publicados por La Brujita de Papel S.A. y Edhasa S.A.

Esta edición de 5000 ejemplares se terminó de imprimir en Gráfica Pinter S.A., en febrero de 2016.
Buenos Aires, Argentina.

Primer grado	06
Colección Querido Diario	
<i>Diario de un monstruo / Diario de una bruja</i>	
Segundo grado	10
Colección De oreja a oreja	
<i>Hada desencantada busca príncipe encantador</i>	
Tercer grado	15
Colección Los libros del Ratón	
<i>Cuentos con escobas</i>	
Cuarto grado	21
Colección Piedra Libre	
<i>Pajaritos en la cabeza</i>	
Quinto grado	27
Colección Los libros del Ratón	
<i>Lo que Teo no dice</i>	
Sexto grado	34
Colección Leyendas	
<i>El gigante de Balvanera y otras leyendas urbanas</i>	
Séptimo grado	41
Colección Edhasa Literaria	
<i>La Perla</i>	

Primer grado

Colección *QUERIDO DIARIO*



¿Qué verdades oculta este monstruo?
 ¿Cómo condimenta su sopa de bichos?
 ¿Por qué al verlo todos se hacen pipí del miedo?
 ¿Es cierto que tiene la cola paspada?
Las intimidaciones nunca antes reveladas del monstruo más monstruo del Lago Negro.

¿Qué oculta esta bruja?
 ¿Es verdad que tiene aliento a podrido?
 ¿Son ciertos los rumores sobre su gato pulgoso?
 ¿Qué sueños conversa con la almohada?
Las intimidaciones nunca antes reveladas de una bruja muy coqueta.



Información sobre las autoras y la ilustradora



MÓNICA LÓPEZ (CABA, 1967) es docente, publicitaria y escritora. Forma parte de "Nación Cracovia" y "Corrección profunda", talleres literarios coordinados por Graciela Repún. Algunas de sus obras son las colecciones *Patitas*, *Libros al agua* y *¿En qué viaje?*; los cuentos *La Princesa Nostá*, *El avión de papel*, *Tania*, *La superaraña*, *Claras a punto nieve*, *El gusano escultor*, *La serpiente coqueta* y *La langosta deportista*; las obras de teatro *Circo La Pirueta* y *El Monstruo verde*; las novelas *Exploración Alto Planicie* y *A los pies del Halcón*. Además es coautora de los álbumes ilustrados *Dicen que*, *Si yo fuera* y la colección *Querido Diario*.



VALERIA DÁVILA (Buenos Aires) es escritora, periodista y maestra. Trabajó en medios gráficos y coordinó talleres de periodismo infantil. Actualmente se desempeña como maestra de primaria en una escuela pública. Entre sus obras se destacan la colección *Relatos chinos* con dragones, fantasmas y demonios, la novela *Plan para desenmascarar brujas* y los libros de cuentos *El afinador de mosquitos*, *El monstruo malísimo de las patas sucias* y *BuuBuuBuu* y otros *sustos divertidos*. Además es coautora de los álbumes ilustrados *D* *Diario*.



LAURA AGUERREBEHERE (La Plata, 1982) es ilustradora y Profesora de Artes Plásticas con orientación en Escenografía por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Algunas de las obras que ha ilustrado son *De chocolates y mascotas dulces*, *¿Lobo está?* y la colección *Querido Diario*. Además, desde hace varios años se dedica a la dirección de arte en cine y televisión.



Sugerencias para el docente

Antes de leer

Mostrar a los alumnos las tapas de los dos libros y, luego, realizar preguntas disparadoras como las que se proponen a continuación.

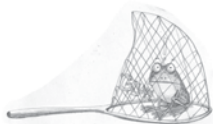
- ¿Qué imaginan que contará la bruja en su diario? ¿Y el monstruo?
- Si ustedes tuvieran un diario íntimo, ¿sobre qué cosas les gustaría escribir?



Lectura oral

Leer en voz alta las dos primeras estrofas de cada uno de los libros que se presentan en las siguientes páginas. De esa manera, los alumnos podrán ejercitar la escucha y la comprensión, mientras disfrutaban de los comienzos de estos diarios íntimos tan divertidos como disparatados.

Después de leer

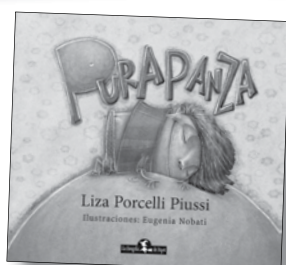
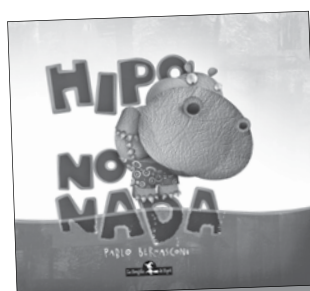


PRODUCCIÓN ORAL. Luego de leer varias veces en voz alta el contenido de los libros propuesto, dividir al curso en cuatro grupos y asignarle una estrofa a cada uno. Los integrantes del grupo deberán memorizar y practicar el recitado del texto que les haya tocado. Se espera que todos puedan recitar a la vez los versos que componen la estrofa, imitando la voz imaginaria del personaje en cuestión. Luego, el docente podrá oficiar de director de orquesta y proponer distintas combinaciones al modificar el orden en que se reciten las estrofas o, incluso, mezclarlas hasta provocar una gran ensalada de estrofas disparatadas.

PRODUCCIÓN ESCRITA. Proponer la resolución de las actividades de las páginas 8 y 9. Estas fueron pensadas a partir de los contenidos curriculares sugeridos para primer grado.



Otros títulos recomendados



DIARIO DE UN MONSTRUO

QUERIDO DIARIO, TE CUENTO
QUE SOY EL MONSTRUO DEL LAGO,
MUY HORRIBLE Y PESTILENTE,
TERRORÍFICO Y MALVADO.

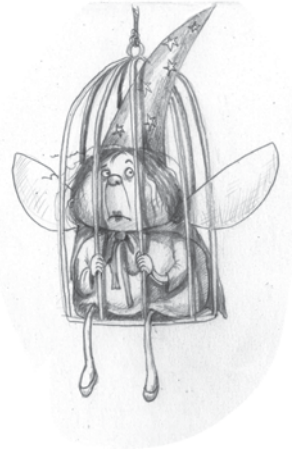
AL VERME, TODOS SE ESPANTAN.
HAY ALARIDOS Y GRITOS.
PERO ESTOY ACOSTUMBRADO:
SOY MONSTRUO DESDE CHÍQUITO.



DIARIO DE UNA BRUJA

QUERIDO DIARIO, TE ESCRIBO
PORQUE YA ESTOY BIEN CANSADA.
LLEVO AÑOS TRABAJANDO
SIEMPRE DE BRUJA MALVADA.

POR SI NO SABES, TE CUENTO
QUE NO ES COSA MUY SENCILLA,
ESTO DE ESTAR DESPEINADA,
CON PELOS EN LA BARBILLA.



1 COMPLETÁ LOS TÍTULOS DE LOS CUENTOS

DIARIO DE UN

DIARIO DE UNA



2 RESPONDÉ LAS SIGUIENTES PREGUNTAS.

A. ¿EN QUÉ LUGAR VIVE EL MONSTRUO?

B. ¿CÓMO REACCIONA LA GENTE CUANDO LO VE?

C. ¿POR QUÉ ESTÁ ACOSTUMBRADO A LA REACCIÓN DE LA GENTE?

D. ¿POR QUÉ ESTÁ CANSADA LA BRUJA?

E. ¿QUÉ ES LO QUE NO LE RESULTA SENCILLO A LA BRUJA?

Actividades



3 UNÍ CON UNA FLECHA CADA PALABRA CON EL SIGNIFICADO QUE CORRESPONDA.

PESTILENTE

GRITO FUERTE

TERRORÍFICO

QUE DA MAL OLOR

ALARIDO

MALA

MALVADA

QUE CAUSA TERROR

4 ORDENÁ LAS PALABRAS PARA FORMAR ORACIONES. RECORDÁ COLOCAR EL PUNTO FINAL CUANDO TERMINES DE ESCRIBIR CADA ORACIÓN.

LAGO – DEL – MALVADO – EL – TERRORÍFICO – ES – MONSTRUO – Y

.....

.....

CANSADA – BRUJA – DE – MALVADA – LA – SER – ESTÁ

.....

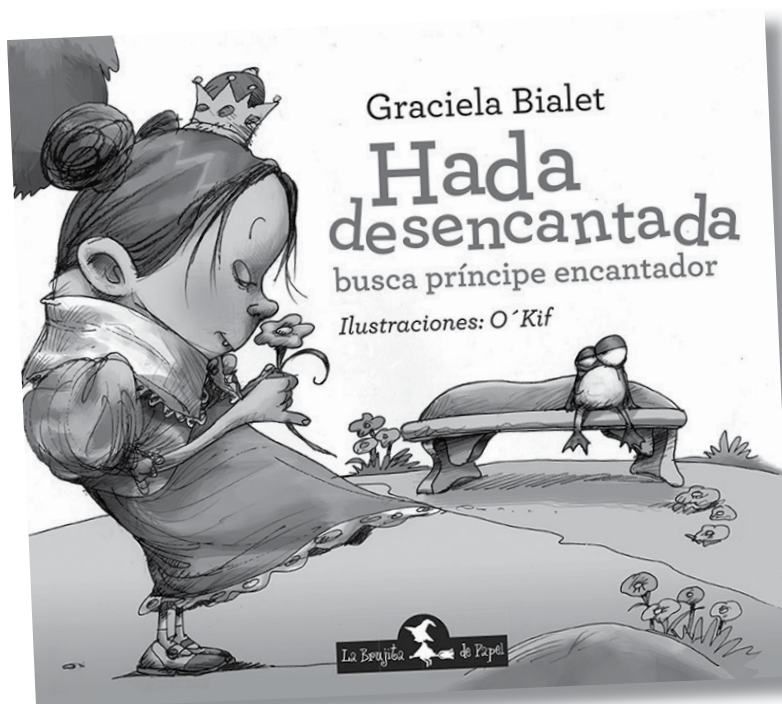
.....

5 DIBUJÁ AL MONSTRUO NADANDO EN EL LAGO.



6 AHORA, DIBUJÁ A LA BRUJA CANSADA, DESPEINADA Y CON PELOS EN LA BARBILLA.

Colección *DE OREJA A OREJA*



Esta es la historia de Esmerejilda, un hada muy diferente a todas las hadas, pero muy parecida a todas las chicas que buscan un príncipe encantador.

Información sobre la autora y el ilustrador



GRACIELA BIALEK (Córdoba, 1955) es Licenciada en Educación, Magister en Promoción de la lectura y la literatura infantil, y escritora. Ha participado como conferencista en distintos congresos nacionales e internacionales y ha publicado numerosos artículos relacionados con la lectura y la formación de lectores en revistas especializadas de España, México, Argentina, USA y Cuba. Entre sus obras de literatura infantil se destacan *El que nada no se ahoga*, *Caracoleando*, *Un cuento GRRR* y *El jamón del sángruche*.



O'KIF (Rosario, 1959) estudió en la Facultad de Humanidades y Artes y realizó diferentes talleres de dibujo, acuarela y grabado. Ha ilustrado comics que se han editado en el extranjero, con guiones de Carlos Trillo, Guillermo Saccomanno y Pablo De Santis, y numerosos libros infantiles como *Natacha*, *La Tarea*, *Chat*, *Natacha, chat*, *Bituinbituin Natacha*, *Historias de los señores Moc y Poc*, *El Pulpo está crudo*, *Caperucita Roja tal como se lo contaron a Jorge*, *No hagan olas*, *Disparatario*, *Un elefante ocupa mucho espacio*, *Poemas con disparates*, *Un viaje en globo*, *La leyenda de la piedra movediza*, *Pahicaplapa*, *Un bandoneón vivo*, *El capitán Croissant*, entre otros.

Sugerencias para el docente

Antes de leer

Mostrar a los alumnos la tapa del libro y, luego, realizar preguntas disparadoras como las que se proponen a continuación.

- ¿Cómo suelen ser las hadas de los cuentos?
- ¿Por qué creen que la protagonista del cuento es un hada desencantada? ¿Qué cosas le sucederán?
- Miren con atención al sapo: ¿tiene cara de felicidad o de aburrimiento? ¿Qué creen que le pasará?

Lectura oral

Leer en voz alta el contenido del libro que se reproduce en las páginas siguientes.

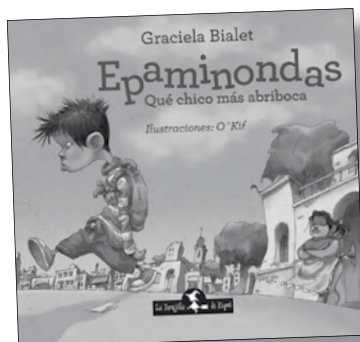
Después de leer

PRODUCCIÓN ORAL. Conversar entre todos a partir de preguntas como las que se proponen a continuación.

- ¿Qué otros problemas se imaginan que puede llegar a tener Esmerejilda en la escuela?
- ¿Cómo se imagina Esmerejilda la llegada de su príncipe?

PRODUCCIÓN ESCRITA. Proponer la resolución de las actividades de la página 14. Estas fueron pensadas a partir de los contenidos curriculares sugeridos para segundo grado.

Otros títulos recomendados



Hada Desencantada busca príncipe encantador



En este cuento algunas cosas no funcionan nada bien.
Por ejemplo, las brujas eran bellas y buenas pero las
hadas, un verdadero mamarracho.

¡Pobre la mamá de Esmerejilda!

Había soñado tanto con tener una niña preciosa, dulce,
generosa... ¡Bah!... Un hada como dios manda y vino a nacer
justo en este cuento donde todo es como no es.

Esmerejilda era gorda de cabeza y flaca de pie. Alta de la
cintura para arriba y baja desde el ombligo al talón. Tenía cejas
finiiiiitas y pelo grueso como un cordón.



Y en la escuela... ¡ni hablar!
No sabía sumar con el “me llevo uno” porque
se lo olvidaba siempre.
Tampoco le salía el rulito de la O. Y para colmo de males le
daban ganas de hacer pis siempre antes de la hora del
recreo. Todas las calamidades juntas,
¡eso era Esmerejilda!
¿Pero ella se amargaba?
No. Nada de eso.
Ella sabía que tarde o temprano vendría un príncipe,
SU príncipe. Pelearía con algún dragón, la rescataría,
estiraría su trompita romántica, le daría el
beso fulminante y ¡YA!...
se convertiría en el ser más bello que nadie haya conocido.
Se casarían, comerían perdices y a otro cuento
con este cuento.



1 Ordená las letras para escribir correctamente el nombre de la protagonista del cuento.

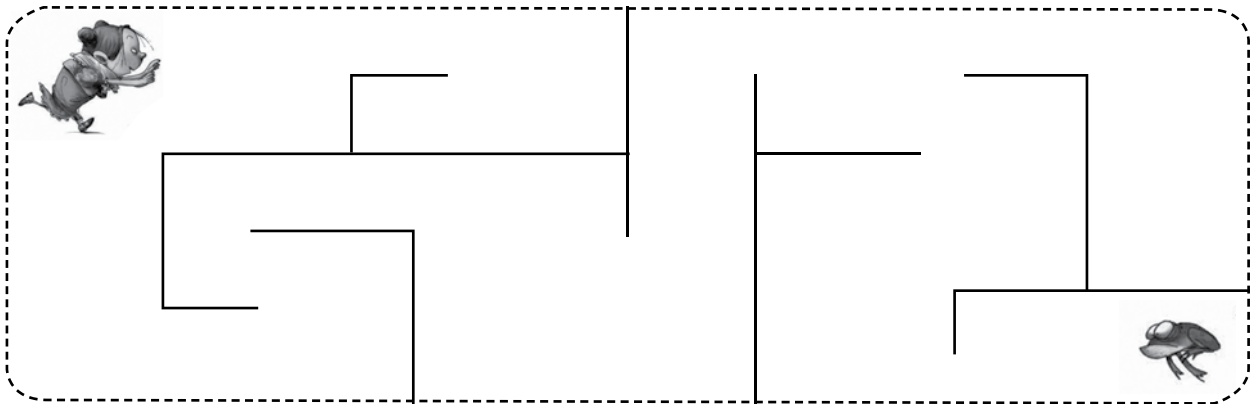
M	E	E	S	R	E	D	A	J	I	L

2 Marcá con una x los problemitas que tenía en la escuela Esmerejilda.

- ☐ Le daban ganas de ir al baño antes de la hora del recreo.
- ☐ No sabía restar.
- ☐ No le salía el rulito de la letra O.
- ☐ Le costaba recordar la tabla del 4.
- ☐ No sabía sumar con el "me llevo uno".



3 Marcá con rojo el camino que debe recorrer Esmerejilda para encontrarse con el sapo.



4 Esmerejilda cree que, tarde o temprano, llegará un príncipe y la rescatará. ¿Cómo imaginás que será el príncipe? ¿Cómo se llamará? **Dibujalo y escribí** el nombre que más te guste.

Colección **LOS LIBROS DEL RATÓN**

Guadalupe Sinverruga es una niña casi como todas las demás. Va al colegio del barrio, tiene un mejor amigo que se llama Nacho y vive con sus tías —un poco estrafalarias— en una casa llena de gatos. Todo esto está muy bien, salvo por un pequeño detalle: ella es dueña de unas escobas encantadas y su mascota, Poli, es una polilla lectora que vive en un libro mágico. Ah, y por si todavía alguien no lo ha notado, Guada, además de ser una niña casi como todas, también es bruja.

Información sobre la autora y el ilustrador



CECILIA PISOS (CABA, 1965) es Licenciada y Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA). Además de desempeñarse como docente, investigadora y editora, ha escrito numerosas obras de literatura infantil. Algunas de ellas son *Las hadas sueltas*, *Las brujas sueltas*, *Todos los ogros* y *El libro de los hechizos*, *Un cuento por donde pasa el viento*, *El té de la princesa*, *No te acerques a este libro*, *Dominó*, *Basta para mí, basta para todos*, *Como si no hubiera que cruzar el mar* y *Las termitas invasoras* y los títulos que forman parte de la colección *Guadalupe Sinverruga*.



O'KIF (Rosario, 1959) estudió en la Facultad de Humanidades y Artes y realizó diferentes talleres de dibujo, acuarela y grabado. Ha ilustrado comics que se han editado en el extranjero, con guiones de Carlos Trillo, Guillermo Saccomanno y Pablo De Santis, y numerosos libros infantiles como *Natacha*, *La Tarea*, *Chat*, *Natacha, chat*, *Bituínbituín Natacha*, *Historias de los señores Moc y Poc*, *El Pulpo está crudo*, *Caperucita Roja tal como se lo contaron a Jorge*, *No hagan olas*, *Disparatario*, *Un elefante ocupa mucho espacio*, *Poemas con disparates*, *Un viaje en globo*, *La leyenda de la piedra movediza*, *Pahicaplpa*, *Un bandoneón vivo*, *El capitán Croissante*, entre otros.

Sugerencias para el docente

Antes de leer

Mostrar a los alumnos la tapa del libro y, luego, realizar preguntas disparadoras como las que se proponen a continuación.

- ¿Recuerdan alguna bruja o algún brujo de un cuento? ¿Eran buenos o malos? ¿Qué poderes tenían?
- La protagonista de este cuento ¿tiene una expresión amigable? ¿En qué situaciones imaginan que utilizará su magia?

Lectura oral

Leer en voz alta el cuento “Una escoba para cada cosa” que se reproduce en las páginas siguientes. De esta manera, los alumnos podrán ejercitar la escucha y la comprensión, mientras disfrutan de una de las divertidas historias de esta amigable bruja.

Después de leer

PRODUCCIÓN ORAL. Dividir la clase en dos grupos de alumnos. Un grupo se encargará de imaginar otros inconvenientes que podría haber atravesado la Guadalupe al utilizar durante la clase las escobas mágicas que estaban mezcladas. El otro grupo inventará posibles soluciones para intentar que los poderes de la bruja no sean descubiertos por sus compañeros y la maestra.

PRODUCCIÓN ESCRITA. Proponer la resolución de las actividades de la página 19. Estas fueron pensadas a partir de los contenidos curriculares sugeridos para tercer grado.

Otros títulos recomendados



Una escoba para cada cosa

—¿Ves, Poli?, así: una escoba para cada cosa y un color para cada escoba —le explicaba la bruja Guadalupe Sinverruga a su mascota polilla, que revoloteaba sobre la mochila flamante. Es que al día siguiente comenzaban las clases y Guadalupe estaba ordenando con mucha prolijidad sus “útiles”.

—La escobita roja es la de hacer buena letra; la verde sirve para borrar; la azul te levanta la mano para contestar antes que todos y la amarilla es para resolver las cuentas.

—Ajá, ajá, ajá —repetía Poli.

—Para que las cosas te salgan bien, dicen mis tías, nada mejor que ser ordenados, Poli.

—Sin embargo, mirá lo que les pasó a los tres osos del bosque cuando se metió en su casa Ricitos de Oro. Tanto orden, tanto orden y ¡plaf! en un ratito...

En eso, se escuchó desde el comedor el relojchuzza que repitió tres veces este mensaje de las tías de Guadalupe:

**Ni se te ocurra, sobrina,
llevar escoba a la escuela.
Ni las de todos colores,
ni la escoba que más vuela.**

Meche y Lola, las tías de Guada, durante la noche eran unas señoritas brujas pero al llegar la mañana, barrían la vereda con escobas comunes y también hacían los mandados y se comportaban como maravillosas vecinas.

Ahora que Guadalupe vivía con ellas, no les había quedado más remedio que anotarla en la escuela del barrio para que nadie sospechara. A la mañana siguiente, el primer día de segundo grado de su sobrinita, Meche y Lola la despidieron en la puerta.

—Tomá, Guada, esta manzanita que sobró del cuento de Blancanieves, para que se la lleves a la maestra —le ofreció Lola.

Entonces Poli asomó la cabeza del libro de cuentos donde vivía y le advirtió en voz baja a Guada:

—No se la des: está envenenada. En el cuento, todas las del cesto estaban envenenadas porque la bruja no sabía cuál iba a elegir Blancanieves. Además, llevarle una manzana a la maestra es una antigüedad.

—Gracias, Poli —alcanzó a decir Guada, cuando su tía Meche, que le estaba dando en la frente el besito de la buena suerte, olió algo raro:



—¿No tendrás alguna escobita mágica en la cartuchera?

—Me parece que no, tía, no creo... Se me hace tarde... —mintió rápido Guada y corrió hasta la esquina. Ahí sí, se dio vuelta para saludar y luego cruzó.

A los dos segundos, Guada se cansó de caminar y sacó la escoba voladora. Desde el cielo, fue siguiendo el caminito de los chicos que iban a la escuela como ella.

—Mirá, Poli, esa chica va en bici... ¡Y allá está el micro escolar! ¡Qué divertido viajar todos juntos!

Pero, por mirar para abajo, Guadalupe chocó contra un árbol, y, con el golpe, se le cayó la mochila de la escoba, y la cartuchera de la mochila, y las escobitas de la cartuchera...

Mientras trataba de hacer funcionar la escoba otra vez, Guada no sintió el viento fuerte, como de tías brujas, que sopló sobre las escobitas. Para colmo, con el apuro, las recogió llenas de hojas secas, gusanitos y papeles de caramelos. Ella que era tan prolija y ordenada casi se puso a llorar cuando Poli, para darle ánimo, le comentó:

—Típico de los cuentos: siempre hay obstáculos y contratiempos para el héroe. Pero el héroe tiene un ayudante, que le da el coraje y el valor...

—Ay, Poli, sí, está bien, gracias por lo que me decís pero ahora ayudame a poner todo sobre la escoba, que ya estamos llegando tarde...

Y así fue, quince minutos después, Guadalupe aterrizó en el patio cuando ya los chicos de segundo se iban para el aula.

Como pudo, escondió la escoba voladora detrás de un macetón y se puso última en la fila, tratando de hacer rodar su mochila rota. Entonces, el nene que iba adelante se dio vuelta y le dijo: —¡Llegaste en escoba!

—No, ¿estás loco? —se apresuró a contestar Guada—. Te habrá parecido. Es que mis tías tienen un auto muy rápido.

—No, no: yo te vi bajar recién en el patio —insistió él—. Y la dejaste detrás de la planta



de azaleas. Ramona, la portera, se la está llevando con las cosas de la limpieza...

Al ver eso, Guada se comió tres uñas de la desesperación y ya se le saltaban las lágrimas, pero ni tiempo tuvo de seguir preocupándose por la escoba porque la maestra ordenó: —¡Chicos, adentro! ¡Vamos a empezar segundo! ¡Qué alegría! Hay compañeros del año pasado y compañeros nuevos...

Durante un rato, la señorita Milena los fue mezclando a los viejos con los nuevos para que todos se conocieran. En el último lugar quedaron juntos Guadalupe y Nacho, que así se llamaba el chico que le había hablado en la fila. Cuando Guada puso el libro de Poli debajo del banco, Poli se asomó y suspiró emocionada: —Acabás de conocer al príncipe del cuento, princesa...

—¡Ay, callate, Poli! Que me da vergüenza...

—la retó Guadalupe, cerrando la tapa para hacerla desaparecer.

Mientras tanto, la maestra anunciaba:

—Chicos, vamos a repasar un poco para ver qué se acuerdan de lo que aprendieron en primero...

—Ya empezamos —dijo Nacho nervioso, y se puso a hacer tictic en el banco con el lápiz negro.

Guada, en cambio, preparaba el cuaderno y sacaba la cartuchera de la mochila.

(Hay que decir que Guadalupe Sinverruga tenía una colección enorme de escobas mágicas.

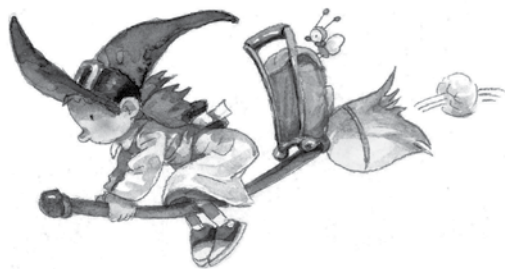
En ella había escobas de todos los tamaños y colores, con brillo, con luces, con plumitas, con sonido, de diferentes clases y magias. Cada escoba servía para hacer algo: había escobas para volar, las más comunes, o escobas de barrer, que eran las que las tías usaban para disimular en la vereda. Pero también escobas de hacer dulce de leche, de atrapar al Ratón Pérez, de cumplir deseos; escobas para transformarse en un instante, escobas de correr gatos, escobas de lavar los platos y también otras de romper hechizos. Con pompones, floreadas, de papel dorado o del olor del arcoíris, a todas, todas, las coleccionaba Guadalupe). Sin darse cuenta de que Nacho la observaba, Guada estaba soplando y limpiando de pelusas las escobitas.

—¿Son lápices de colores? —quiso saber, maravillado, su compañero.

—Mmsí, sí —le contestó Guada, tapándolas con la mano.

—¡Qué raros! ¿Me prestás uno?

Guada iba a portarse como una perfecta egoísta y a decir que no, cuando la señorita Milena hizo una pregunta.



—A ver, quién me contesta más rápido esta cuestión: ¿por qué los flamencos se sostienen en una sola pata?

Guada, ultrarrápida y entusiasmada, buscó la escobita azul, la agitó en el aire y, de pronto, en vez de contestar primero a la pregunta, hizo desaparecer por completo a la maestra.

Los chicos se quedaron helados pero enseguida comenzaron a llamarla: “¡Señorita! ¡Señorita!”

Guadalupe seguía congelada y no sabía qué hacer hasta que Poli la despertó:

—¡Las escobas se mezclaron en la caída! ¡Probá con otra! Ya me parecía que cuando chocamos contra el árbol había olor a tías brujas en el aire...

Guada, sin pensar, tomó la escobita amarilla y la agitó apresurada. La señorita Milena apareció, ¡qué alivio! Pero enseguida la aturdieron todos los chicos, que se pusieron a levantar la mano como locos, gritando: “¡Yo! ¡Yo! ¡Yo, señorita! ¡Yo, yo! ¡Yo levanté la mano primero!”

—Bueno, chicos, la verdad, estoy contenta porque parece que todos saben la respuesta pero me siento un poco rara...

Mejor, copien este problema:

39 hormigas llevan hojitas para su hormiguero. 13 hormigas las pierden al cruzar un charco y a 9 se las vuela el viento. ¿Cuántas hojitas consiguieron guardar?

Guada miraba, indecisa, la cartuchera, cuando Poli le dijo:

—Agitá otra, a lo mejor esta vez te sale bien: en los cuentos siempre la tercera es la vencida.

Guada agitó la escobita amarilla, no muy convencida, y el problema empezó a copiarse solo en el pizarrón, con tan linda letra que sus compañeros se quedaron embobados viendo los rulos de las mayúsculas.

Para disimular, como le aconsejaban siempre sus tías, Guada fue corriendo hasta el frente y agarró una tiza, pero las letras corrían más rápido que su mano por el pizarrón verde y pronto se descontrolaron y comenzaron a trepar por la pared, a escribir el techo, a llenar el piso, a salir por el pasillo...



- 1 Completá** las oraciones con los nombres de los personajes del cuento que están escritos en el recuadro.

POLI – NACHO – LOLA – MILENA – GUADALUPE – MECHE

La brujita se llama
 La mascota se llama
 Las tías de la brujita se llaman
 El amigo de la brujita se llama
 La señorita se llama

- 2** Guada le explicó a su mascota Poli que hay una escoba para cada cosa y un color para cada escoba.
Uní con una flecha cada escobita con la tarea que realiza y, luego, **píntala** del color que corresponda.

	La escobita roja...	... es para resolver las cuentas.
	La escobita verde...	... te levanta la mano para contestar antes que todos.
	La escobita azul...	... es la de hacer buena letra.
	La escobita amarilla...	... sirve para borrar.



- 3** ¿Qué sucedió cuando Guadalupe usó las escobitas en clase?
Completá el texto con las frases del recuadro, según corresponda.

apareció – empezó a copiarse solo – trepar por la pared, a escribir el techo, el piso – hizo desaparecer

Guadalupe Sinverruga se apresuró a responder la pregunta sobre los flamencos, agitó en el aire su escobita azul y, en lugar de contestar primero, a la maestra. Luego, tomó la escobita amarilla, la agitó y la señorita Milena

Cuando la señorita estaba dictando el problema de Matemática, Guadalupe volvió a agitar la escobita amarilla y el problema en el pizarrón. Para disimular, fue corriendo al frente y agarró la tiza, pero las letras eran más rápidas y comenzaron a hasta salir por el pasillo.

- 4 Contá** con tus palabras cómo llegó Guadalupe a la escuela.

.....



- 5** **Separá** en sílabas las siguientes palabras y **subrayá** con color rojo la sílaba tónica, es decir, la que se pronuncia con más fuerza. **Seguí** el ejemplo.

Poli – Nacho – Lola – Milena – Guadalupe – Meche

escuela: es-cue-la

compañeros:

escoba:

chichón:

príncipe:

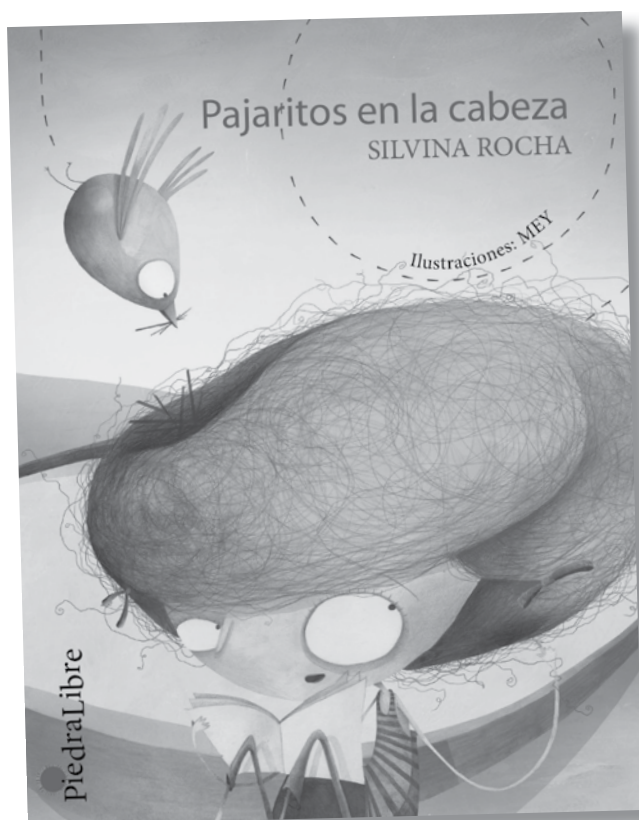
mochila:

lápiz:

mágicas:

- 6** **Dibujá** a la brujita Guadalupe volando en su escoba.



Colección *PIEDRA LIBRE*

Esta es la historia de una nena distraída, un pajarito chismoso y una cabeza llena de palitos, pelusas y secretos. Un cuento disparatado, contado con humor y acompañado de bellísimas ilustraciones.

Información sobre la autora y la ilustradora



SILVINA ROCHA (Tucumán, 1969) es escritora, compositora, cantante y docente. Siempre estuvo muy cerca de la literatura, por placer y por su oficio de letrista y versificadora, hasta recalar en la literatura infantil. Algunas de sus obras son *Mateo y su gato rojo*, *¡Qué payaso este elefante!*, *López, Olivia y el violín* y *Las ovejas de Lala*.



MEY (CABA, 1985) estudió Bellas Artes en la escuela Rogelio Yrurtia y se formó con dos grandes ilustradores infantiles: José Sanabria y Claudia Legnazzi. Como ilustradora, ha trabajado para numerosas editoriales infantiles. Además, dicta clases de arte a niños y a personas con capacidades diferentes en el taller para chicos "Desde la Hoja en Blanco".

Sugerencias para el docente

Antes de leer

Mostrar a los alumnos la tapa del libro, pedirles que observen con atención la ilustración y, luego, conversar entre todos a partir de preguntas como las que se proponen a continuación.

- ¿Qué está haciendo el pajarito en la cabeza de la nena? ¿Qué lleva en su pico?
- ¿Han escuchado alguna vez la expresión “tiene pajaritos en la cabeza”? ¿Qué creen que significa?

Lectura oral

Leer en voz alta el comienzo del cuento *Pajaritos en la cabeza* que se reproduce en las páginas siguientes.

Después de leer

PRODUCCIÓN ORAL. Conversar entre todos sobre los significados de las palabras y las expresiones del texto que puedan resultarles confusas a los alumnos. Por ejemplo: *hurgó, a prueba de sismos, chocha de la vida, impertérito*, etc.

PRODUCCIÓN ESCRITA. Proponer la resolución de las actividades de la página 26. Estas fueron pensadas a partir de los contenidos curriculares sugeridos para cuarto grado.

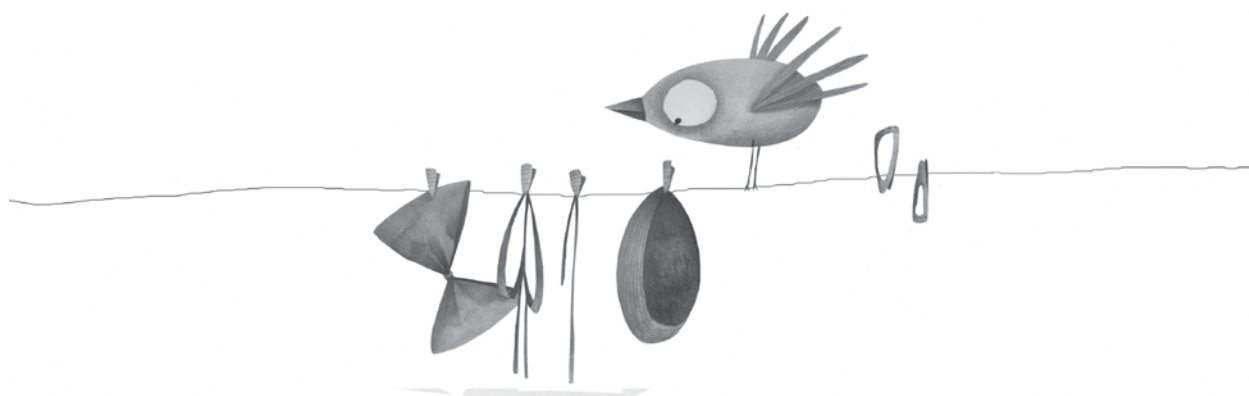
Otros títulos recomendados



Pajaritos en la cabeza



Habrá sido por la repetida frase de su madre o quizás, por su frondosa y enrulada cabellera, pero lo cierto es que un día, a Paula, le anidó un pajarito en la cabeza.

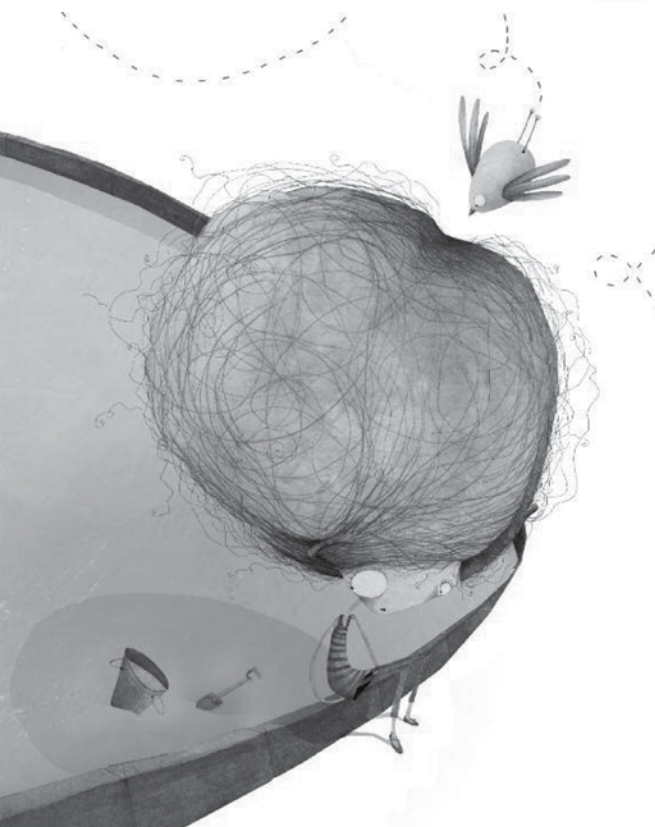


Una tarde Paula estaba aburrida, sentada al borde del arenero y sin que se diera cuenta, un pajarito hurgó con el pico entre sus rulos y fue llevando, de uno en uno, palitos y pelusas.

Cuando terminó la obra, que cualquier arquitecto envidiaría, Paula tenía plantado un nido.

Una obra de arte. A prueba de sismos, porque no sólo había que construir un nido, sino que además ¡había que hacerlo en la cabeza de Paula!

Así andaba Paula, chocha de la vida, con un nido de palitos y pelusas y un pájaro cantor.



Tal vez fuera un poco inesperado, sorprendente quizás, pero de ninguna manera imaginó que este hecho podría provocar tamaño ataque de nervios como el que tuvo su madre al verla llegar a casa.

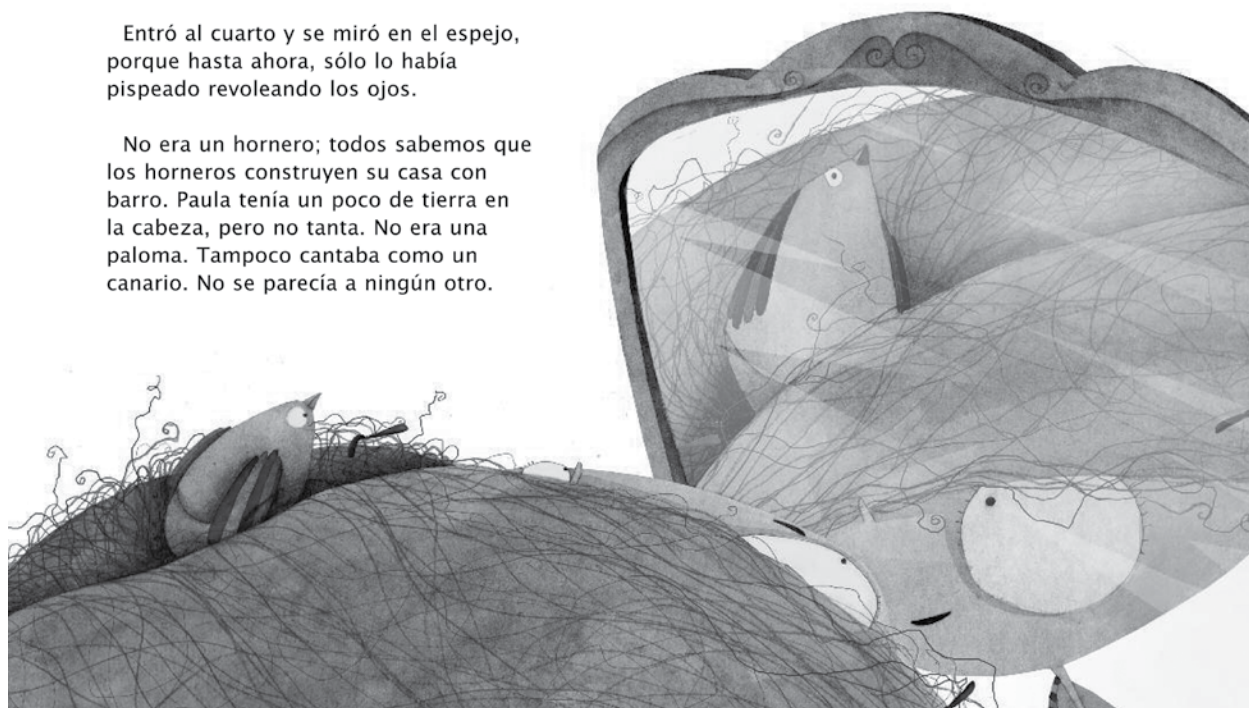


—¡Te lo dije! ¡Te lo dije una y mil veces!
—zapateó el piso—, ¡te dije que tenías
pajaritos en la cabeza!

El grito hizo callar al pajarito y lo puso a temblar cual hoja al viento. En cambio a Paula, esas palabras le pasaron volando como todas las de su madre: mudas.

Entró al cuarto y se miró en el espejo, porque hasta ahora, sólo lo había pispeado revoleando los ojos.

No era un hornero; todos sabemos que los horneros construyen su casa con barro. Paula tenía un poco de tierra en la cabeza, pero no tanta. No era una paloma. Tampoco cantaba como un canario. No se parecía a ningún otro.



Un día la mamá se sentó al borde de la cama y, haciendo como si el pajarito no existiera, empezó a dar vueltas.

–Paula... vos sabés... que con tu padre...

–Ya sé, nos mudamos, ¿no? –resumió Paula.

–¿Y cómo sabés? –se sorprendió su madre.

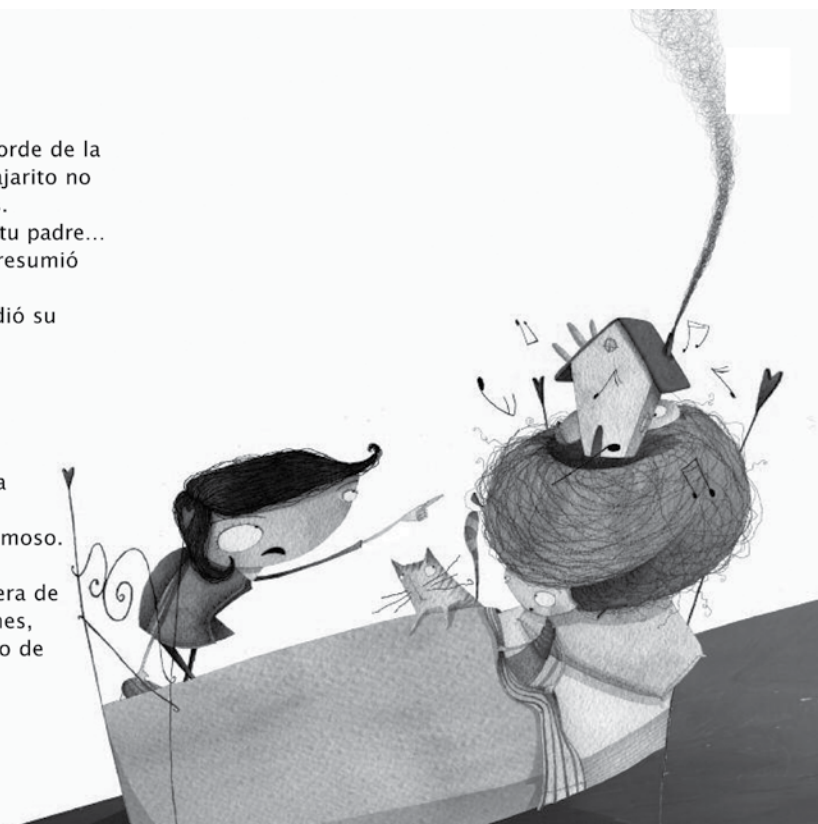
–Me lo contó un pajarito.

–¿Cuál? ¿Éste?

–¿Cuál otro sino?

Porque Paula, a esta altura, ya sabía que además de cantor, el plumífero era un flor de chismoso.

Lo que no lograba descubrir era de qué forma le contaba los chismes, porque el pajarito cantaba, pero de hablar... ni pío.



1 Completá la siguiente oración con las palabras que correspondan.

..... es una chica muy distraída; es por eso que su siempre le dice que tiene pajaritos en la

2 Buscá en la sopa de letras seis palabras que aparecen en el cuento. Luego, **escribí** con ellas una oración, agregando las palabras que necesites.

W	A	S	P	T	P	N	B	D	A
N	R	W	E	N	A	P	M	W	K
I	P	J	I	G	U	A	J	G	P
D	C	A	B	E	L	L	E	R	A
O	G	Ñ	T	I	A	I	V	I	N
P	A	J	A	R	I	T	O	P	U
W	Z	F	X	O	S	O	D	Q	D
P	E	L	U	S	A	S	A	S	O

.....

.....

3 Escribí V (verdadero) **o F** (falso), según corresponda. Luego, **reescribí** correctamente las que sean falsas.

- ☐ Una paloma anidó en la cabeza de Paula.
- ☐ La madre de Paula tuvo un ataque de nervios al ver el nido.
- ☐ El pajarito se puso a temblar al escuchar el grito de la madre de Paula.
- ☐ El hornero se llama Pérez.

.....

.....

4 Uní con una flecha cada sustantivo de la columna izquierda con el adjetivo de la columna derecha que corresponda.

SUSTANTIVOS

cabellera

pajarito

sonrisa

ADJETIVOS

cantor

gatuna

enrulado

5 Escribí un sinónimo para cada una de las siguientes palabras.

grito: construir:

cuarto: pájaro:

casa: palitos:

Colección *LOS LIBROS DEL RATÓN*

Teo es un chico alegre, que vive con sus padres y su abuela. Aunque le gusta ir a la escuela, últimamente está un poco triste y preocupado porque Hernán, un compañero nuevo, no para de molestarlo. Y no solo a él, sino también a Mariana, su mejor amiga. Con la inundación que sufrió la ciudad de La Plata en el año 2013 como telón de fondo y la ayuda de su particular tía y de su mascota, la tortuga Antigua Pasolento, Teo deberá enfrentarse a una de las decisiones más difíciles y aprenderá una lección que lo ayudará para el resto de su vida.

Información sobre la autora y el ilustrador



MARÍA GABRIELA CASALINS (La Plata, 1961) es profesora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Desarrolló su carrera docente en el Colegio Nacional, en el Bachillerato de Bellas Artes y en el Instituto Santa Teresa de Jesús. Es profesora y capacitadora docente del Instituto Eureka para la Educación del Pensamiento. Ha publicado el libro *Cara y Ceca de la escritura*, editado por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP a cargo de la escritora Graciela Falbo, y *Animalia* con la editorial Al margen. Sus cuentos han recibido menciones en diversos concursos.



LAURA AGUERREBEHERE (LA PLATA, 1982) es ilustradora y Profesora de Artes Plásticas con orientación en Escenografía por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Algunas de las obras que ha ilustrado son *De chocolates y mascotas dulces*, *¿Lobo está?* y la colección *Querido Diario*. Además, desde hace varios años se dedica a la dirección de arte en cine y televisión.

Sugerencias para el docente

Antes de leer

Mostrar a los alumnos la tapa del libro, pedirles que observen con atención la ilustración y, luego, conversar entre todos a partir de preguntas como las siguientes:

- ¿Cómo es la expresión de los chicos que allí aparecen?
- ¿Qué están haciendo las nenas que se ven en el fondo?
- ¿Qué clase de mascota acompaña a Teo?
- ¿Qué imaginan que será lo que Teo no dice?

Lectura oral

Leer en voz alta los tres primeros capítulos de la novela o delegar la tarea en un grupo de alumnos.

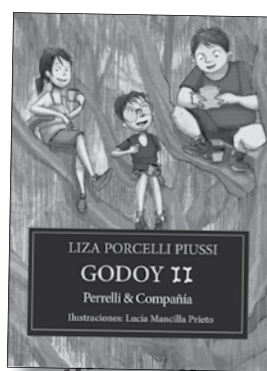
Después de leer

PRODUCCIÓN ORAL. Se recomienda propiciar un espacio de debate para que los alumnos intercambien opiniones y elaboren conclusiones de manera colectiva e individual acerca de los siguientes temas que son abordados en la novela:

- el maltrato entre compañeros;
- el compañerismo y la amistad;
- el diálogo con los mayores;
- la inundación en la ciudad de La Plata en el año 2013.

PRODUCCIÓN ESCRITA. Proponer la resolución de las actividades de la página 33. Estas fueron pensadas a partir de los contenidos curriculares sugeridos para quinto grado.

Otros títulos recomendados



Lo que Teo no dice

I

Que habla de los nombres de las tortugas y de lo que pasa con ellas cuando llueve a cántaros

Antigua Pasolento era una tortuga como todas. O al menos eso creíamos en mi casa. Comía sandía y lechuga de tanto en tanto, pero lo que más le gustaba era el pepino. Se lo cortaba la abuela Martita en rodajas finas. Ella, se lo llevaba al solcito, y ñam, ñam, se lo iba comiendo sin apuros. Tenía un caparazón algo extraño, eso sí: la placa de la parte más alta sobresalía un poco como si fuera un botón. Tal vez era la cicatriz de alguna herida vieja. A veces las tortugas pelean.

Como toda buena tortuga, amaba las flores de la rosa china. El problema es que mi abuela Martita también ama su rosa china amarilla.

Cuando nadie la estaba mirando, la tortuga siempre le atacaba la planta:

-¡Salí de ahí, tortuga loca! -le gritaba la abuela Martita y la corría con la escoba.

Al principio, nosotros le habíamos puesto de nombre “manuelita”. ¿Por qué? Toda tortuga argentina se llama así, por la de María Elena, ¿no? Con minúscula. A nadie se le ocurría otro nombre y le quedó ese.

Sin embargo, ese no era el verdadero. Esta, y otras muchas cosas sobre nuestra tortuga, yo las supe mucho tiempo después.

Todo empezó con la inundación. Sí, un día en mi ciudad comenzó a llover, y a llover, y a llover, y a llover.

Cayeron baldes de agua.

El agua se hizo un río en la calle y después entró a las casas sin pedir permiso, a los gritos.

Estaba tan enojada que no le importaron las puertas, ni las ventanas, ni la gente que se tuvo que subir a las sillas, de las sillas a las mesas, de las mesas a lo alto de los muebles. Algunos, buscando escaparse del agua traicionera, hasta se subieron a los techos como mi amiga Marianita que terminó en el de su casa con los abuelos y con Teddy, su perro. Nosotros en casa nos trepamos a la mesa del comedor mientras papá y mamá subían los muebles donde podían. Después nos fuimos a mi dormitorio que quedaba en la parte de arriba.

Desde la ventana mirábamos la lluvia en el patio que ya era un lago. Solo le faltaban los patos. Y ahí fue cuando la vi. Allí estaba la tortuga, nuestra manuelita, flotando en el agua que se la llevaba de aquí para allá, de una





pared a la otra. Con las patas y la cabeza escondidas en el caparazón, parecía una pelota de rugby. Después entraba en un remolino, se hundía y volvía a salir.

Yo pensaba “ahora no sale más”. Pero me tranquilizaba acordándome de que las tortugas viven muchos años. Y cada vez que perdía las esperanzas, ella salía otra vez a flote, como un barquito de papel.

El agua subió y subió. Yo, desde la ventana de mi cuarto, la veía subir y tapar el patio que ya parecía una pecera. Se trepó a la medianera y pasó de largo.

Muchas cosas pasaron flotando: los chiches del bebé de la vecina, el tendedero de la ropa, una silla de plástico, una ensaladera, un mueble color verde, Don Pancho subido a un bote y mucha gente que yo ni conocía, con caras desesperadas.

Mi papá alcanzó a pescar a todos. Uno por uno con el palo de la escoba y medio cuerpo afuera. Se agarraban al palo y mi papá los arrastraba. Después los hacía entrar por la ventana de mi habitación.

Todos pasaron con nosotros esa noche. La “noche del diluvio”, como la llamó la abuela Martita.

¿Y la manuelita? A la manuelita no la pudo salvar. Las tortugas no tienen manos.

II

De lo que entró por la ventana de mi cuarto

Así estaba yo, pensando en mi tortuga, viendo cómo mi papá rescataba gente. Y de pronto, veo que hace entrar a un chico. Todo mojado como estaba me costó

reconocerlo, pero era él: Hernán.

¿De todos los chicos que podían entrar por mi ventana en una noche de inundación tenía que ser él?

Hernán. El que me molesta en la escuela.

El que se burla porque me gusta leer.

El que se ríe de cómo corro en Educación Física.

El que me agarró del cuello en el baño cuando le dije que si seguía molestando le iba a decir a la maestra.

El que me dice: “Anteojudo”, “Chicato”, “Gordo papa”, “Mariquita”. Y yo podré ser anteojudo porque no veo nada de nada, pero gordo no soy. Soy “corpulento”, como dice mamá. Y de lo de “Mariquita... Eso es “discriminación”, como dice la tía Mabel.

Hernán es el que se burla no solo de mí, sino de otros compañeros a los que llama “hormigas”.

El que la hace llorar a Marianita todos los días.

Muchas, muchas veces me dieron ganas de defenderme o de defender a los chicos. Pero la verdad es que no me animo. Hernán es grandote. Y siempre lo acompañan los de su “banda”, que en realidad son casi todos los chicos del año. Y si yo me peleo, me quedo solo. Más solo de lo que ya estoy.

Y no es que no traté. Hablé del problema con Martín, que era mi amigo desde el jardín y que ahora está en la banda de Hernán. Me dijo, mientras me llevaba detrás de una columna para que no lo vieran:

-Mirá Teo, yo estoy en “la banda”, porque si no, no existís. Y vos harías muy bien en ser de la banda también.

Así te dejan de pegar y de molestar.

-Ah, no, yo no soy ningún matón -le dije.

-Entonces jorobate, che. Y no me hables más.

Y ahora, parado en mi cuarto, está él, justo él. Y mi papá que me mira y me dice:

-¡Mirá Teo a quién rescatamos! ¿Este no es Hernán?

-y me mira con cara rara, mientras se pone a conversar con el papá y la mamá de Hernán que están mojados, mojadísimos.

Mi mamá alcanza toallas, presta ropa, ceba mate caliente.

Le convida galletitas a Hernán y me reta porque estoy como petrificado y hay que atender a la gente.

Hay cosas injustas en la vida: una es que se ahogue mi tortuga y la otra..., de la otra mejor ni hablar.

III

Hernán

La cosa había sido el año pasado. Toooooo el año pasado.

Entero. Porque este año se la agarró con la pobre Mariana.

Pero el año pasado había sido mi turno.

Está mal que lo diga, pero cuando la empezó a molestar a Mariana, yo casi, casi, me alegré, aunque, por otro lado, me dio una bronca bárbara. Es que Marianita y yo somos amigos, pero yo ya no aguantaba más.

Todo empezó el primer día de clases del año pasado.

Hernán era "el nuevo". Venía de otra escuela. En mi año no le hacemos rancho aparte a los nuevos porque siempre están viniendo chicos de otras escuelas. Mi mamá dice que es una escuela "comodín" porque tiene secundaria y los papás ponen a los hijos ahí para

asegurarse el banco.

Así que nos acercamos a Hernán como a cualquier otro chico nuevo. Pablo que había ingresado del año anterior le dijo:

-Mirá que acá no vas a tener problemas. A mí me recibieron re-bien los chicos el año pasado.

Pronto descubrí que los problemas no los iba a tener Hernán sino yo.

En mi año a nadie le había molestado nunca que a mí me gustara leer o que no me gustara mucho jugar al fútbol.

Me ponían al arco y listo. Todos contentos y yo no tenía que correr tanto. Soy bueno atajando penales.

Pero a Hernán no le pareció bien. Al principio las cargadas me resultaban graciosas hasta a mí.

-¡Dale Patadura! ¡Andá al arco y hacé la tuya! -me

gritaba cada vez que jugábamos un fulbito en el Parque San Martín después de clases.

Porque yo todavía seguía jugando al fútbol en esa época. Hasta que pasó lo que pasó.

Hasta que di mi clase especial para el profe de Música sobre Luis Alberto Spinetta. Esa que preparamos con mi papá que es tan fanático del Flaco como yo. Hasta que el profe, que debe ser tan fanático como nosotros, me puso un diez.

Hasta que entregaron los boletines y la maestra me felicitó.

Hasta que pifí un penal.

Después de esas cosas fue que empezó.



Hernán me esperó detrás de una columna en el patio: “Dale nerd, dame la tarea de sociales o les digo a todos que sos un mariquita que no sabe ni atajar”.

Y después en Educación Física, mientras el profe Guille buscaba las pelotas y ponía la red de vóley: “Gordo Batata, ¿vos vas a jugar vóley con semejante panza?”.

Hernán y las carcajadas de todos mis amigos.

Otro día, después, me llega un papelito que pasa de mano en mano en plena clase de Matemática. Me lo manda Hernán. El papelito dice: “O me das la plata que te dieron para el quiosco o te reviento la cara de una trompada en el recreo”.

La maestra me pesca y me reta. Me dice que le dé el papelito y yo no se lo doy y por eso termino en Dirección.

Me pongo nervioso cuando la directora me pregunta qué me pasa que ya no me porto como antes. Después me dice que por qué estoy empezando a bajar las notas. Yo me pongo mal y le contesto que a ella qué le importa y ella me contesta que no le falte el respeto.

Y, entonces, los llaman a mis papás. Y me como un reto de aquellos. De la maestra, de la directora, de mis papás. Entonces, y a pesar de no ser un buchón, él me pide

la plata todos los días y yo se la doy. Yo. Se la doy porque me da vergüenza. Porque tengo miedo de que se rían de mí mis amigos. De que Hernán me pegue alguna vez, porque se lo veo en la cara cuando me mira con odio. De que nadie me dé bolilla. De que no me inviten a jugar un fulbito al parque nunca más. Por nerd.

Después en casa es mi mamá la que, más tranquila, me pregunta qué me pasó que le contesté así a la señorita Alicia, la directora. Algo le cuento de Hernán. Pero no todo.

Y ella me dice que lo ignore y no me meta en problemas. Que esa es la única manera de solucionar estas cosas.

Lo peor es que se lo cuenta a papi. Él opina que lo mejor es “dormirlo de una trompada” a Hernán. Y entonces discuten entre ellos y yo me voy.

Yo pienso que yo no me meto en problemas, pienso que los problemas se meten conmigo. Pienso que la trompada me está esperando a mí. En cualquier momento.

Y cada día tengo más rabia.

Lo de los cachetazos y patadas en el baño, vino después.

Y de eso, no hablé. Solo me creció la bronca.



1 Conversá con tus compañeros sobre los significados de las siguientes frases extraídas de la novela y, luego, **escribilos** a continuación.

• “En mi año no le hacemos rancho aparte a los nuevos...”

.....

.....

• “Y me como un reto de aquellos”.

.....

.....

• “...y me reta porque estoy como petrificado...”

.....

.....

2 Escribí V (verdadero) **o F** (falso), según corresponda. Luego, **reescribí** correctamente las que sean falsas.

☐ El caparazón de la tortuga era extraño: la placa de la parte más alta sobresalía como si fuera un botón.

☐ Antigua Pasolento amaba las flores de la Rosa japonesa y la tía Mabel, también.

☐ El papá rescató de la inundación al mejor amigo de Teo y lo hizo ingresar a la casa por la puerta trasera.

☐ Hernán había molestado a Teo durante todo el año pasado; ahora le estaba haciendo la vida imposible a Mariana.

☐ La abuela Martita llamó a esa noche “El diluvio que viene”.

.....

.....

3 Respondé las siguientes preguntas.

a. ¿Quién relata la historia? ¿Qué persona gramatical utiliza?

.....

.....

b. ¿Qué cosas le decía Hernán a Teo para insultarlo?

.....

.....

c. ¿Por qué Teo no se defendía ante el maltrato de Hernán?

.....

.....

d. Cuando Teo le contó a sus padres una parte de lo que sucedía con Hernán, ¿qué le recomendó cada uno?
¿Por qué creen que se pusieron a discutir entre ellos?

.....

.....

Colección *LEYENDAS*

Estás en tu derecho de no creerme, incluso de estar pensando ahora mismo que todo lo que cuento aquí nunca pasó, que son leyendas urbanas, relatos improbables que circulan de boca en boca. Sin embargo, dudo que te animes a traspasar el umbral de las antiguas puertas del Pasaje Victoria donde dicen que habita el gigante de Balvanera, o a rezar en la Iglesia de Barracas algún 30 de enero en que se aparece el fantasma de Felicitas, y sospecho que por nada del mundo aceptarías mudarte a la casona de la calle Italia, en Castelar. Por las dudas. Porque quién sabe. Porque las brujas (¿los demonios, los espectros, los espíritus oscuros?) no existen, pero dicen —¡siempre dicen!— que las hay, las hay.

Información sobre la autora y el ilustrador



SOL SILVESTRE es Licenciada y Profesora en Letras. Trabaja como docente e investigadora en la Universidad de Buenos Aires y también escribe material didáctico para distintas editoriales educativas. Su gran pasión, sin embargo, es escribir para los chicos. Ha obtenido premios en concursos literarios nacionales e internacionales y ha publicado novelas, cuentos y poesías en distintas editoriales infantiles. Algunas de sus obras son *Puras mentiras*; *Héroes modernos*; *Brujería en la escuela*; *Cuéntame, América* y *Misterio en el campanario*.



LUIS MARCELO MORAIS colabora desde hace más de 10 años en diferentes editoriales de Argentina, México y España. Ha ilustrado cuentos infantiles y juveniles, tapas de libros y revistas. Además, ha trabajado en cine animado nacional e internacional y agencias de videojuegos.

Sugerencias para el docente

Antes de leer

Conversar con los alumnos sobre:

- las características de las leyendas urbanas;
- las semejanzas y las diferencias que existen entre las leyendas tradicionales y las leyendas urbanas;
- las leyendas urbanas que hayan escuchado en su barrio o ciudad.

Lectura oral

Leer en voz alta "La mancha en el vestido" que pertenece al libro *El gigante de Balvanera y otras leyendas urbanas* que se reproduce a continuación.

Después de leer

PRODUCCIÓN ORAL. Proponer la representación teatral de algunos momentos de la leyenda. Para eso, pedirles a los alumnos que se dividan en grupos y elijan el momento que les haya resultado más atractivo. Luego, entre todos deberán decidir cuáles serán los parlamentos, de acuerdo al contenido del pasaje que hayan seleccionado. Algunos diálogos estarán disponibles y otros deberán inventarlos a partir de lo que pueden inferir de la lectura del texto.

Si los integrantes del grupo superan a los actores necesarios, recordarles que algunos deberán encargarse de las siguientes tareas: director, maquillador, vestuarista o iluminador.

PRODUCCIÓN ESCRITA. Proponer la resolución de las actividades de la página 40. Estas fueron pensadas a partir de los contenidos curriculares sugeridos para sexto grado.

Otros títulos recomendados



La mancha en el vestido

A don Hugo le encanta contar historias de miedo. A veces son películas, yo sé. O libros que leyó, como Frankenstein. Pero mis favoritas son las otras, las que pasaron de verdad, en mi pueblo. Mamá dice que no hay que creerle demasiado, porque don Hugo se deja llevar por lo que está contando: repite exactamente lo que dijeron y sabe lo que piensa y lo que siente cada una de las personas que nombra. Y eso, dice mamá, solo pasa en literatura.

Como sea, la versión que don Hugo nos contó aquel día, en el club, sobre la vieja Charo es ¡¡lejos!!— la mejor historia que yo haya escuchado jamás. Será porque la veo a ella, cada tanto, paseándose por el pueblo con la mirada perdida, como buscando algo que no se ve a simple vista. O será porque me gustan las historias de fantasmas pero más, mucho más, las que pasaron de verdad. Desde que don Hugo nos contó la historia, sabemos que Charo no se volvió loca en aquel carnaval, como dicen todos, cuando pasó lo que pasó con Leti, que era en ese entonces la única hija que le quedaba.

—¡Pero no! ¡jura y perjura don Hugo—. Charo se volvió loca recién al año siguiente, cuando vinieron esos muchachos desde Giles o San Vicente (no me acuerdo bien) a una matiné que se organizó acá en el club.

Mi mamá se acuerda de ese día. Se acuerda incluso de Joaquín, que es el que inventó toda esa historia ridícula con Leti. Bueno, mamá dice (como el resto) que la inventó. Pero don Hugo piensa distinto: —¡Mirá si el pibe iba a inventarse todo eso! A mí, la verdad, no me parece. ¿Si no cómo se explica lo de la campera? Y peor, ¿lo de la mancha?

Si hubiera inventado la historia no habría podido dejar señales tan contundentes, como fueron esas dos. Y al pibe se lo veía, además, muy enamorado. ¿Cómo no, si Leticia era una muñeca? Igual que su madre cuando era joven: Charo nos tenía a todos medio embobados. Es en serio, no se rían. Ahora la ven así, vieja y loca, andando como una vagabunda y sin mirar a nadie. ¡Ah, pero era de linda!

La cosa es que este joven, Joaquín, le dijo a todo el mundo que en esa matiné conoció al amor de su vida. Pensaba, también, que Leti lo correspondía y no dudó en asegurar que era su novio. ¡Su novio! Contó tan minuciosamente todo, dio detalles tan personales, que no les creo a esos que dicen no haber dudado ni un minuto. Cómo no van a dudar: el muchacho sabía cosas íntimas de la familia, de esas que vos decís: “¿y cómo se va a enterar, de otra forma?”. Sabía, por ejemplo, que Charo y Leti estaban solas desde hacía seis años. Del incendio en la fábrica, donde murió el padre. Del accidente fatal de los abuelos, una semana después. De esa terrible enfermedad, la tifoidea, que se llevó a la hermanita de Leti al otro mundo. ¡Ay, qué triste que fue aquello! Cómo olvidar el cajoncito blanco y a las dos llorando, abrazadas, encorvadas de tanta tragedia ya sobre sus espaldas.

Sabía también que a Leti le gustaba Rick Springfield y que soñaba



con ver a Miguel Abuelo, en un recital en vivo. Y también contó que se besaron bajo la parra, en el patio de acá atrás, frente a la canchita.

Que estuvieron tomados de las manos mientras miraban el cielo, estrellado y azul. Que ella le dijo, incluso, que hacía tiempo que no se sentía así, tan enamorada y tan viva. Y él también: ¡él también se había enamorado así, de repente y a primera vista! Porque era la chica más hermosa del universo entero y podría haberse quedado hablando con ella para siempre, con tal de que el tiempo no pasara y no tuvieran que separarse nunca más. Leti, Leti, Leti, nada más que Leti era el mundo aquella noche, para él.

Según parece, después, salieron del club y caminaron alrededor de la plaza. Y, sentados bajo el ceibo, se besaron otra vez. Y antes de la medianoche, caminaron por la calle 3, hasta la confitería. Y tomaron un helado: de chocolate, ella; de frutilla, él. Y absortos como estaban, mirándose a los ojos, ella se manchó el vestido.

Era blanco, el vestido. De brocado francés. Charo había comprado la tela al poco tiempo de casarse en Gath y Chaves, una tienda grande de Buenos Aires. Y la había olvidado en el armario, hasta aquel verano maldito en que Leti la encontró, justo cuando faltaban tres días para la comparsa.

--¡Me encanta, ma! Quiero un vestido --cuenta Charo que le dijo Leti y ella en una noche, nomás, se lo cosió. Lo hizo corto, como se usaba, por encima de las rodillas, y le agregó un lazo lila que se cruzaba por delante de la cintura y se ataba atrás.

Don Hugo hizo una pausa y a partir de entonces la historia empezó a tener otro ritmo, como si ya nadie la estuviera contando y una voz en off nos hipnotizara para llevarnos allá. Al momento preciso en que Leti le contaba a Joaquín de aquel horrible carnaval que había terminado mal. De cómo se había suspendido la comparsa y entonces recién ahora, un año después, ella estaba estrenando aquel vestido. Y qué pena tan grande mancharlo de esta forma.

Mientras la escuchaba hablar, Joaquín miraba sus dedos finos envueltos en la servilleta, que no dejaban de frotar la mancha aunque era obvio que de nada servía: los hilos plateados que iban subiendo como raíces por el escote se veían como a través de un vidrio esmerilado de color chocolate.

La mano de él, entonces, cubrió la de ella. Con cuidado, se deshizo de la servilleta y le besó la punta de los dedos que sabían a helado. Joaquín no sabe durante cuánto tiempo se vieron en silencio pero recuerda sus ojos tan azules, el rimel transparente que levantaba sus pestañas finas. Y las cejas enarcándose hacia arriba dos segundos antes de reír. Y después los dientes blancos y el hoyuelo y la arruga en la nariz: ¡Tenía tantas formas su sonrisa!

Era ya de madrugada cuando empezaron a caminar, abrazados, hacia la calle 12. Una brisa fría les seguía los pasos y Joaquín la sintió temblar. Fue entonces cuando se quitó la campera.

Ella la aceptó sin ponérsela, acurrucándose en el cuero, con las mangas cruzadas sobre el pecho. Le dijo "gracias" bajito, casi en un susurro, y se dejó besar, otra vez, por él. Y en la esquina de la calle 12, se abrazaron como si supieran que aquella iba a ser la última vez. Joaquín la vio entrar por la puerta blanca (porque Charo entonces mantenía la casa y pintaba las aberturas cada año). Pensó que Leti



iba a saludarlo desde el umbral, que iba a voltearse para verlo, pero en cambio cerró la puerta deprisa. Joaquín sintió un escalofrío y recién entonces se dio cuenta de que ella se había quedado con su campera. No le importó: no habían hablado de volver a verse y aquella sería una perfecta excusa para poder hacerlo.

Así que el sábado siguiente, volvió al pueblo. Se bajó del colectivo, en la ruta, y pasó por la puerta del cuartel de bomberos. Por la gomería y por el polirubro. Por el cementerio y la florería de los Gamíndez. Y llegó a la plaza. Parado junto al ceibo, miró la iglesia, la escuela 6 y a la izquierda, el club. Caminó hasta la calle 3 y más allá vio el toldo de la confitería. Suspiró aliviado: recordaba perfectamente el camino. El corazón se le aceleró cuando pasó por la esquina donde se habían abrazado. Joaquín dudó un momento antes de decidirse a tocar la puerta blanca.

Lo hizo tímidamente la primera vez. Nadie respondió y entonces golpeó un poco más fuerte. Estaba por irse cuando sintió unas llaves en la cerradura.

Lo atendió una mujer cuyo rostro se parecía al de la chica que amaba. Los ojos azules, la nariz apenas en punta, las cejas gruesas y las pestañas finas. Dos o tres arrugas junto a los ojos y otras perpendiculares a los labios le contaron su edad.

Se apuró a presentarse para espantar los nervios:

—Usted debe ser la mamá de Leti. Mucho gusto, soy Joaquín —y estiró la mano con la intención de estrechar la de ella, pero Charo se mantuvo inmóvil, con los brazos en cruz y mirándolo fijo.

El silencio fue incómodo y Joaquín lo intentó de nuevo:

—Nos conocimos la semana pasada, en la fiesta del club. Yo la acompañé hasta acá y ella se quedó con mi campera; una negra, de cuero. Porque empezó a hacer frío a la madrugada y Leti no traía abrigo.

La mujer seguía mirándolo, en silencio. Así que, al final, Joaquín solo dijo: —¿Está Leti?

Los ojos azules entonces se humedecieron. Por un momento Joaquín pensó que la mujer iba a hablarle porque sus labios se despegaron un instante, pero en cambio soltó un suspiro.

—Señora, ¿se encuentra bien? —lo dijo justo un momento antes de que Charo se desplomara, en sus brazos.

¿Cómo se sentirá el horror cuando te atraviesa por dentro? ¿Qué es lo que exactamente habrá sentido Charo? ¿Y Joaquín?

Porque al entrar con la mujer a cuestras, hasta la cocina, todavía esperaba encontrarla. Gritó su nombre, incluso, con la esperanza de que saliera de alguna habitación. Pero Leti no estaba, ¡no estaba!

—Mi hija murió —dijo Charo, por fin, reincorporándose un poco—. Murió el carnaval pasado. Estaban colocando las luces en la pileta del club, para la fiesta que habría después de la comparsa. Yo estaba en una reposera, justo al lado. La vi subiendo las escaleras. La vi parada en la punta del trampolín. La vi saltar. No sé si llegué a darme cuenta de lo inevitable; de sus dedos mojados tocando el cable.

La cabeza de Joaquín comenzó a moverse de lado a lado. Retrocedió un paso, dos, tres. Como si aquella mujer estuviera apuntándole al medio del corazón con un arma letal. No era del todo equívoca la sensación: las palabras, a veces, pueden herir a muerte.



Y lo negó, lo negó a los gritos. Porque él había estado con ella (¡de verdad!) hacía solo una semana. Y se habían besado bajo la parra y junto al ceibo y en la confitería y en la esquina de la calle 12. Y lo podía probar porque hablaron de todo: porque él sabía cómo había muerto su padre y sus abuelos y su hermana menor. Y ella le había contado también del vestido, de la tela comprada en Gath y Chaves y estaba tan apenada cuando se manchó.

Charo levantó la cabeza que hasta entonces estaba hundida entre las manos. Caminó hacia la repisa que estaba frente a ellos y sacó del tercer estante un paquete mediano. Era el vestido blanco, de brocado francés, con su lazo lila.

¿Habrán sentido los dos algún consuelo, por estar parados uno junto al otro al enfrentarse a aquello? ¿Al ver los hilos plateados, que iban subiendo como raíces por el escote, como a través de un vidrio esmerilado de color chocolate? Porque, sí: el vestido que Leti no había llegado a estrenar, inexplicablemente ¡estaba manchado!

Pero faltaba todavía la segunda señal. Y Joaquín la encontró de camino a casa. Pasó por la esquina donde se abrazaron. Tomó la calle 3 que lo llevó a la plaza. El club, la escuela 6, la iglesia, el Ceibo y otra vez la ruta. La florería de los Gamíndez y el cementerio. En el portal, colgando de un extremo de la reja, estaba su campera.

Y dice don Hugo que recién entonces Charo se volvió realmente loca. Que apenas se fue el muchacho cerró las persianas de su casa y ya nunca más las volvió a abrir. Y que si a veces la vemos caminando así, como perdida, por el pueblo es porque está buscando. No solo a

Leti, también a su marido y a sus padres y a su hijita menor.
¿Cómo dejar de buscar, cuando se sabe que nuestros muertos recuerdan el camino para volver a casa?



1 **Escribí** un adjetivo calificativo para cada uno de los siguientes personajes de la leyenda.

Don Hugo:

Charo:

Narradora:

Leti:.....

Mamá de la narradora:

Joaquín:.....

2 **Indicá** si las siguientes acciones son principales **(P)** o secundarias **(S)**.

☐ Don Hugo cuenta la historia de Charo.

☐ Joaquín sabe cosas íntimas de la familia de Leti.

☐ Leti se mancha el vestido con helado.

☐ Leti no llega a estrenar el vestido en el carnaval.

☐ Joaquín y Leti caminan alrededor de la plaza.

☐ Joaquín encuentra su campera colgando de la reja del portal del cementerio.

☐ Joaquín le presta su campera a Leti.

☐ Charo camina hacia la repisa principal.

☐ Leti sonríe alegremente.

3 **Marcá** con una X las opciones correctas.

JOAQUÍN CONOCE A LETI...

DESPUÉS DE ESCUCHAR A JOAQUÍN, CHARO...

☐ en la fiesta de carnaval.

☐ se volvió realmente loca.

☐ en una matiné del club.

☐ corrió al cementerio.

☐ en la escuela.

☐ se fue a dormir.

4 **Escribí** oraciones que se relacionen con la leyenda y que contengan los tipos de sujeto y predicado que se indican.

.....
(S.E.S + P.V.S.)

.....
(S.E.C. + P.V.S.)

.....
(S.E.S. + P.V.C.)

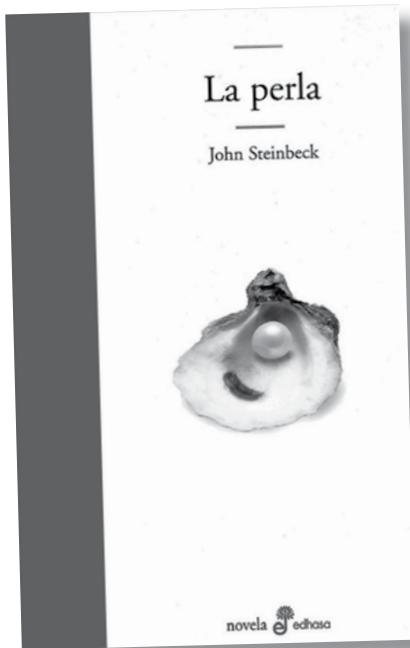
5 **Respondé** las siguientes preguntas.

a. ¿Por qué la mamá de la narradora no cree en lo que cuenta don Hugo?

b. ¿Por qué la narradora dice que la historia que le conto don Hugo es la mejor de todas las que ha escuchado?

¿Qué características la hacen tan interesante?

c. ¿Cuáles son las dos señales que, según don Hugo, dan credibilidad al relato de Joaquín?

Colección **EDHASA LITERARIA**

En esta breve novela se narra la historia de la gran perla y de cómo su aparición modificó la vida de una humilde familia de pescadores indígenas.

Una mañana, el bebé Coyotito es picado por un alacrán y sus padres deciden llevarlo al médico de los blancos. Cuando llegan al pueblo, este se niega a atenderlos porque son indígenas y porque no tienen dinero. A partir de ese momento, Kino y Juana buscarán desesperados la gran perla para poder pagar el tratamiento y así salvar a su hijo. Concretado el hallazgo, y una vez pasada la emoción del primer momento, se verán obligados a atravesar innumerables situaciones que transformarán sus vidas para siempre.

Información sobre el autor



JOHN STEINBECK (1902-1968) fue uno de los novelistas estadounidenses más destacados del Siglo XX. Interesado por la problemática social de su época, supo narrar con maestría y sensibilidad las diversas situaciones de opresión e injusticia que debieron atravesar los grupos más desfavorecidos pertenecientes a las clases populares. Con un estilo naturalista y poético, creó personajes entrañables que, a pesar de estar inmersos en una realidad adversa, intentan sobrevivir a la derrota. Además de denunciar la falacia del “sueño americano”, el autor retrató en numerosos relatos la historia y la realidad de México, su país vecino.

Entre sus obras, se destacan *Tortilla Flat* (1935), *De ratones y hombres* (1937), *Las uvas de la ira* (1939) y *Al este del Edén* (1952). A lo largo de su carrera, fue galardonado con reconocimientos tan importantes como el Premio Pulitzer (1939) y el Premio Nobel de Literatura (1962).

Sugerencias para el docente

Dado que esta novela —basada en una tradicional leyenda mexicana— presenta un entramado de símbolos que permiten leerla como una parábola acerca de la relación del individuo con la sociedad, recomendamos su lectura durante el último año de la escuela primaria.

En las páginas siguientes, reproducimos el primer capítulo y proponemos distintas actividades para que los alumnos puedan acercarse paulatinamente a la obra. De esa manera, conocerán el estilo del autor y se aproximarán a la historia y a la realidad de los personajes. Al finalizar, contarán con las herramientas suficientes para emprender la lectura de la novela completa.

Antes de leer

Conversar con los alumnos sobre:

- la biografía y el estilo del autor;
- la época y el contexto de la obra;
- las características de los géneros leyenda y parábola.

Lectura oral

Leer en voz alta el primer capítulo de la novela o delegar la tarea en un grupo de alumnos.

Después de leer

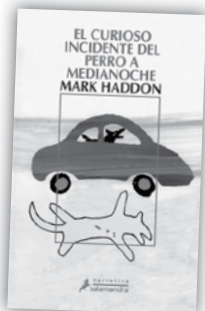
PRODUCCIÓN ORAL. Proponer la narración colectiva de lo que ocurre en el primer capítulo. De esta manera, se podrá ejercitar la transmisión oral, una de las características originarias de los relatos tradicionales.

Como el contenido es extenso, se aconseja dividir el texto y distribuirlo en diferentes grupos de alumnos. El primero será el encargado de contar la situación inicial: describirá el entorno, los sentimientos de Kino, etcétera; el segundo, narrará el momento en que aparece el escorpión y pica a Coyotito; el tercero, lo que ocurre luego de que Coyotito es picado por el escorpión y, para finalizar, el cuarto grupo contará lo que sucede cuando llegan a la casa del médico.

Además, se recomienda propiciar un espacio de debate para que los alumnos intercambien opiniones y elaboren conclusiones de manera colectiva e individual acerca del texto leído. Temas como la injusticia, la desigualdad social, la discriminación, las costumbres de los protagonistas, el entorno, el lugar de la mujer, entre otros, generarán un sinnúmero de reflexiones y estimularán el intercambio de ideas.

PRODUCCIÓN ESCRITA. Proponer la resolución de las actividades de la página 47. Estas fueron pensadas a partir de los contenidos curriculares sugeridos para séptimo grado.

Otros títulos recomendados



La Perla

Kino despertó antes de que aclarara. Las estrellas brillaban todavía y el día sólo había extendido una tenue capa de luz en la parte más baja del cielo, en el este. Hacía un rato que los gallos cantaban, y los cerdos más madrugadores habían comenzado ya a hurgar incesantemente entre ramitas y trozos de madera, en busca de algo de comer que les hubiese pasado inadvertido. Fuera de la cabaña de paja, entre las tunas, una bandada de pajarillos se estremecía y agitaba frenéticamente las alas. Los ojos de Kino se abrieron y él miró primero el recuadro algo más claro que correspondía a la puerta, y luego miró la caja, colgada del techo, en que dormía Coyotito. Y por último volvió la cabeza hacia Juana, su mujer, que yacía junto a él en el jergón, el chal azul sobre la nariz y sobre los pechos y alrededor del talle. Los ojos de Juana también estaban abiertos. Kino no recordaba haberlos visto jamás cerrados al despertar. Los ojos oscuros de la mujer reflejaban pequeñas estrellas. Ella le miraba como le miraba siempre cuando despertaba.

Kino escuchó el leve romper de las olas de la mañana en la playa. Era estupendo... Kino volvió a cerrar los ojos y atendió a su música interior. Quizá sólo él hiciera eso, y quizá lo hiciera toda su gente. Los suyos habían sido una vez grandes creadores de canciones, hasta el punto de que todo lo que veían o pensaban o hacían u oían, se convertía en canción. Hacía mucho de eso. Las canciones habían perdurado; Kino las conocía; pero no se había agregado ninguna nueva. Eso no significa que no hubiese canciones personales. En la cabeza de Kino había ahora una canción, clara y dulce, y, de haber sido capaz de hablar de ello, la hubiera llamado la Canción de la Familia.

La manta le cubría la nariz para protegerle del aire húmedo y malsano. Parpadeó al oír un susurro a su lado. Era Juana, que se levantaba en un silencio casi total. Con los pies desnudos, se acercó a la caja colgante en que dormía Coyotito, y se inclinó sobre él y dijo una palabra tranquilizadora. Coyotito la miró un momento y cerró los ojos y volvió a dormirse.

Juana se acercó al fuego, y separó un ascua, y la aventó para avivarla, mientras rompía ramas en trozos pequeños y los dejaba caer encima. Entonces Kino se levantó y se envolvió la cabeza y la nariz y los hombros con la manta. Deslizó los pies en las sandalias y salió

a mirar el amanecer.

Fuera, se sentó en cucullas y se cubrió las piernas con el extremo de la manta. Veía el perfil de las nubes del Golfo flamear en lo alto del aire. Y una cabra se acercó y le olió y se quedó mirándole con sus fríos ojos amarillos. Tras él, el fuego de Juana se alzó en una llama y arrojó lanzas de luz a través de las grietas del muro de la cabaña, y proyectó un vacilante rectángulo de claridad hacia afuera. Una polilla rezagada se lanzó ruidosamente en busca del fuego. La Canción de la Familia surgía ahora de detrás de Kino. Y el ritmo de la canción familiar era el de la muela en que Juana molía el maíz para las tortillas de la mañana.

Ahora, el amanecer se acercaba rápidamente: un remolino, un arbol, un destello, y luego un estallido al levantarse el sol en el Golfo. Kino bajó la vista para protegerse los ojos del resplandor. Oyó batir la masa de las tortas de maíz dentro de la casa, y de la plancha de cocer le llegó su dulce aroma. Las hormigas se afanaban en el suelo, unas grandes y negras, con cuerpos brillantes, y otras pequeñas, polvorientas y rápidas. Kino observó con la objetividad de Dios cómo una hormiga polvorienta trataba frenéticamente de escapar de la trampa de arena que una hormiga león había preparado para ella. Un perro flaco y tímido se acercó y, a una palabra dulce de Kino, se acurrucó, acomodó la cola diestramente bajo las patas y apoyó con delicadeza el hocico sobre un pilote. Era un perro negro, con manchas de un amarillo dorado en el sitio en que debía haber tenido las cejas. Era una mañana como cualquier otra mañana y, sin embargo, era perfecta entre todas las mañanas.

Kino oyó el chirrido de la cuerda cuando Juana sacó a Coyotito de su caja colgante, y lo lavó, y lo envolvió en su chal de modo de tenerlo junto al pecho. Kino veía todas estas cosas sin mirarlas. Juana cantaba en voz queda una antigua canción que tenía sólo tres notas, aunque contaba con una interminable variedad de pausas. Y también formaba parte de la canción familiar. Todo formaba parte de ella. A veces, se elevaba hasta alcanzar un acorde doloroso que se aferraba a la garganta, diciendo esto es seguro, esto es cálido, esto es el Todo.

Al otro lado del seto había otras cabañas, y el humo salía también de ellas, y el sonido del desayuno,

pero aquéllas eran otras canciones, sus cerdos eran otros cerdos, sus esposas no eran Juana. Kino era joven y fuerte y el pelo negro le caía sobre la frente morena. Sus ojos eran cálidos y fieros y brillantes, y su bigote era delgado y áspero. Dejó caer la manta, descubriendo la nariz, porque el ponzoñoso aire oscuro se había ido y la luz amarilla del sol caía sobre la casa. Cerca del seto, dos gallos se enfrentaban, haciendo reverencias y fintas, con las alas abiertas y las plumas del cuello erizadas. Sería una pelea torpe. No eran pollos que jugaran. Kino los miró durante un momento, y luego alzó los ojos para seguir el centelleo del vuelo de unas palomas salvajes que buscaban las colinas del interior. El mundo ya estaba despierto, y Kino se puso de pie y entró en su cabaña.

Cuando él entró, Juana se levantó y se apartó del fuego que ardía. Devolvió a Coyotito a su caja y luego se peinó el negro pelo y se hizo dos trenzas y ató sus extremos con fina cinta verde. Kino se acucilló junto al fuego y enrolló una tortilla de maíz caliente y la metió en salsa y se la comió. Y bebió un poco de pulque y ése fue su desayuno. Era el único desayuno que conocía, fuera de los días de descanso y de una increíble fiesta de pastelillos que había estado a punto de matarle. Cuando Kino hubo terminado, Juana tornó al fuego y tomó su desayuno. Habían hablado una vez, pero no hay necesidad de palabras cuando, de todos modos, no son sino otro hábito. Kino suspiró, satisfecho... y ésa fue su conversación. El sol calentaba ya la cabaña, entrando a través de sus grietas en largas líneas. Y una de esas líneas caía sobre la caja colgante en que yacía Coyotito, y sobre las cuerdas que la sostenían.

Un ligero movimiento atrajo los ojos de los dos hacia la caja. Kino y Juana se quedaron clavados en sus sitios. Un escorpión descendía lentamente por la cuerda que mantenía la caja del bebé sujeta al techo. El aguijón de la cola apuntaba hacia arriba, pero podía volverlo en un instante. El aire resonó en las fosas nasales de Kino y él abrió la boca para evitarlo. Y ya la alarma había abandonado su rostro, y la rigidez, su cuerpo. En su cabeza sonaba una nueva canción, la Canción del Mal, la música del enemigo, de algo hostil a la familia, una melodía salvaje, secreta, peligrosa, y, debajo, la Canción de la Familia plañía. El escorpión bajaba cuidadosamente por la cuerda, hacia la caja. En un murmullo, Juana repitió un antiguo conjuro para protegerse de tal daño y, al final, susurró un Avemaría por entre los dientes apretados. Pero Kino se movía. Su cuerpo

cruzaba la habitación callada, levemente. Llevaba las manos extendidas, las palmas hacia abajo, y tenía los ojos fijos en el escorpión. Debajo de éste, en la caja colgante, Coyotito reía y levantaba la mano como para tocarlo. El animal percibió el peligro cuando Kino lo tenía casi a su alcance. Se detuvo, y su cola se alzó en ligeras contracciones, y la espina curva de su extremo relució.

Kino esperó, absolutamente inmóvil. Oía a Juana susurrar nuevamente el antiguo conjuro, y la maligna música del enemigo. No podía moverse hasta que el escorpión, que ya sentía la proximidad de la muerte, se moviera. La mano de Kino se adelantó muy lenta, muy suavemente. La cola de punta aguda se levantó de golpe. Y, en aquel momento, el risueño Coyotito sacudió la cuerda y el escorpión cayó.

La mano de Kino se lanzó a atrapar al animal, pero éste pasó ante sus dedos, cayó sobre el hombro del bebé, se posó y clavó su aguijón. Entonces, soltando un gruñido, Kino lo cogió con los dedos, aplastándolo hasta reducirlo a una pasta. Lo arrojó y lo golpeó con el puño sobre el piso de tierra, y Coyotito aulló de dolor en su caja. Pero Kino siguió golpeando y aplastando al enemigo hasta que no quedó de él más que un fragmento y una mancha húmeda en el polvo. Tenía los dientes desnudos y el furor ardía en sus ojos y la música del enemigo rugía en sus oídos.

Pero Juana ya tenía al bebé en los brazos. Descubrió la herida, que ya empezaba a enrojecer.

Aplicó a ella los labios y succionó con fuerza, y escupió y volvió a succionar mientras Coyotito chillaba.

Kino se quedó como en suspenso; no podía hacer nada, estorbaba.

Los chillidos del bebé atrajeron a los vecinos. Salieron todos a la vez de sus cabañas. El hermano de Kino, Juan Tomás, y su gorda esposa, Apolonia, y sus cuatro hijos se agolparon en la entrada y la bloquearon, mientras otros, detrás de ellos, trataban de ver qué pasaba dentro y un niño se arrastraba por entre las piernas del grupo para poder mirar. Y los que estaban delante informaban a los de detrás: «Escorpión. Ha picado al bebé.»

Juana dejó de succionar la herida por un momento. El pequeño agujero se había agrandado ligeramente y sus bordes se habían blanqueado por obra de la succión, pero la roja hinchazón se extendía cada vez más a su alrededor, formando un duro bulto linfático. Y toda aquella gente sabía de escorpiones. Un adulto podía enfermar

gravemente por su picadura, pero era fácil que un bebé muriera por ella. En primer lugar, sabían, venían la hinchazón y la fiebre y la sequedad de garganta, y después, los calambres en el estómago, y al final Coyotito podía morir si en su cuerpo había penetrado el veneno suficiente. Pero el violento dolor de la mordedura había desaparecido. Los chillidos de Coyotito se convirtieron en gemidos.

Kino se había maravillado muchas veces del férreo temperamento de su sufrida, frágil mujer. Ella, que era obediente y respetuosa y alegre y paciente, era también capaz de arquear la espalda por los dolores del parto sin apenas un grito. Soportaba la fatiga y el hambre incluso mejor que el mismo Kino. En la canoa era como un hombre fuerte. Y ahora hizo una cosa aún más sorprendente.

–El médico –dijo–. Id a buscar al médico. La voz se corrió entre los vecinos, apiñados en el pequeño patio, tras el seto. Y se repetían unos a otros: «Juana quiere al médico.» Maravilloso, memorable, pedir que viniera el médico. Conseguirlo sería notable. Él jamás venía a las cabañas. ¿Por qué habría de hacerlo, si los ricos que vivían en las casas de piedra y argamasa del pueblo le daban más trabajo del que podía hacer?

–No vendría –dijeron los del patio.

–No vendría –dijeron los de la puerta, y la idea llegó a Kino.

–El médico no vendría –dijo Kino a Juana. Ella le miró, los ojos fríos como los de una leona. Era el primer hijo de Juana; era casi todo lo que había en su mundo. Y Kino comprendió su determinación y la música de la familia sonó en su cabeza con un tono acerado.

–Entonces, iremos a él –dijo Juana y, con una mano, se acomodó el chal azul sobre la cabeza, improvisó con él una suerte de cabestrillo para llevar a su gimiente bebé y cubrió sus ojos con el extremo libre de la prenda para protegerlos de la luz. Los que estaban en la entrada retrocedieron, empujando a los que tenían detrás, para abrirle paso. Kino la siguió. Salieron al irregular sendero y los vecinos fueron tras ellos.

La cosa era ya asunto de todos. Fueron en rápida y silenciosa marcha hacia el centro del pueblo, delante Juana y Kino, y tras ellos Juan Tomás y Apolonia, con su gran barriga moviéndose por efecto del enérgico paso, y luego todos los vecinos, con los niños trotando en los flancos. Y el sol amarillo enviaba sus negras sombras por delante, de modo que avanzaban

sobre ellas.

Llegaron a donde terminaban las cabañas y comenzaba el pueblo de piedra y argamasa, el pueblo de brillantes muros exteriores y de frescos jardines interiores en los que corría el agua y la buganvilia cubría las paredes de púrpura, bermellón y blanco. De los secretos jardines surgían el canto de pájaros enjaulados y el ruido del agua fresca al caer sobre las losas recalentadas. La procesión atravesó la plaza, inundada por una luz enceguecedora, y pasó por delante de la iglesia. Había crecido y, en sus bordes, los inquietos recién llegados iban siendo informados, sin alharacas, de cómo el pequeño había sido picado por un escorpión, de cómo el padre y la madre le llevaban al médico.

Y los recién llegados, en particular los mendigos de delante de la iglesia, que eran grandes expertos en análisis financieros, echaron una rápida mirada a la vieja falda azul de Juana, vieron los desgarrones de su chal, tasaron las cintas verdes de sus trenzas, leyeron la edad de la manta de Kino y los mil lavados de sus ropas, y los juzgaron miserables, y siguieron tras ellos para ver qué clase de drama iban a representar. Los cuatro mendigos de delante de la iglesia lo sabían todo del pueblo. Eran estudiosos de las expresiones de las jóvenes que iban a confesarse, y las veían al salir y leían la naturaleza del pecado. Conocían todos los pequeños escándalos y algunos grandes crímenes. Dormían en sus puestos, a la sombra de la iglesia, de modo que nadie podía entrar allí en busca de consuelo sin que ellos se enteraran. Y conocían al médico. Conocían su ignorancia, su crueldad, su avaricia, sus apetitos, sus pecados. Conocían sus chapuceros abortos y la poca calderilla que de tanto en tanto daba de limosna. Habían visto entrar en la iglesia todos sus cadáveres. Y, puesto que la primera misa había terminado y el negocio era escaso, siguieron a la procesión, incansables buscadores del conocimiento perfecto de sus semejantes, para ver lo que el gordo y perezoso médico haría respecto de un bebé indigente con una mordedura de escorpión.

La veloz procesión llegó finalmente ante la gran puerta del muro de la casa del médico. Oyeron allí también el rumor del agua, y el canto de los pájaros enjaulados, y el movimiento de las largas escobas sobre las losas. Y olieron el buen tocino puesto a freír.

Kino vaciló un momento. Aquel médico no era uno de los suyos. Aquel médico era de una raza que durante casi cuatrocientos años había

golpeado y privado de alimentos y robado y despreciado a la raza de Kino, y también la había aterrorizado, de modo que el indígena se acercó con humildad a la puerta. Y, como siempre que se acercaba a alguien de aquella raza, Kino se sintió débil y asustado y furioso a la vez. Ira y terror iban juntos. Le hubiese sido más fácil matar al médico que hablar con él, porque todos los de la raza del médico hablaban a todos los de la raza de Kino como si fueran simples bestias. Y cuando Kino levantó la mano derecha hasta el aldabón, lleno de rabia, la martilleante música del enemigo golpeaba en sus oídos y tenía los labios tensos sobre los dientes; pero llevó la mano izquierda al sombrero para quitárselo. La anilla de hierro golpeó la puerta. Kino se quitó el sombrero y esperó. Coyotito gimió un poco en los brazos de Juana, y ella le habló con dulzura. La procesión se cerró más, para ver y oír mejor.

Al cabo de un instante, la gran puerta se abrió unas pocas pulgadas. Kino alcanzó a ver el verde frescor del jardín y el agua que manaba de una fuente. El hombre que le miraba era de su misma raza. Kino le habló en el idioma de sus antepasados.

—El niño... el primogénito... ha sido envenenado por el escorpión —dijo Kino—. Necesita el saber del que cura.

La verja se entornó y el criado se negó a emplear el idioma de sus antepasados.

—Un momentito —dijo—. Voy a informarme. Y cerró la puerta y corrió la tranca. El sol, enceguedor, arrojaba las negras sombras amontonadas del grupo contra el blanco muro.

En su dormitorio, el médico estaba sentado en su alto lecho. Llevaba el batín de seda roja tornasolada que enviado desde París, un tanto justo en el pecho si se lo abrochaba. Sobre el regazo, tenía una bandeja de plata con una jarra de plata para el chocolate y una pequeña taza de porcelana de la llamada cáscara de huevo, tan delicada que pareció un objeto sin sentido cuando él la levantó con su gran mano, la levantó con las puntas del pulgar y del índice, y apartó los otros tres dedos para que no le estorbaran. Sus ojos descansaban sobre hamaquitas de carne hinchada y su boca colgaba, llena de malhumor. Se estaba poniendo muy gordo, y su voz era áspera debido a la grasa que le oprimía la garganta. A su lado, sobre una mesa, había un pequeño gong oriental y un cuenco con cigarrillos. Los muebles de la habitación eran pesados y oscuros y lóbregos. Los cuadros eran religiosos, incluso la gran fotografía coloreada

de su difunta esposa, quien, si las misas legadas y pagadas con dinero de su herencia servían para ello, estaba en el Cielo. En otra época, durante un breve período, el médico había formado parte del gran mundo, y el resto de su vida había sido memoria y añoranza de Francia. «Aquello —decía—, era vida civilizada», lo cual significaba que, con pequeños ingresos, había sido capaz de mantener una querida y comer en restaurantes. Apuró su segunda taza de chocolate y partió un bizcocho dulce con los dedos. El criado de la entrada llegó hasta su puerta y esperó a que su presencia fuese advertida.

—¿Sí? —preguntó el médico.

—Es un indito con un bebé. Dice que le ha picado un escorpión.

El doctor bajó la taza con cuidado antes de dar curso a su ira.

—¿No tengo yo nada mejor que hacer que curar mordeduras de insectos a los «inditos»? Soy médico, no veterinario.

—Sí, patrón —dijo el criado.

—¿Tiene dinero? —preguntó el médico—. No, nunca tienen dinero. Se supone que yo, sólo yo en el mundo, tengo que trabajar por nada... y estoy cansado de eso. ¡Mira si tiene dinero!

En la entrada, el criado entreabrió la puerta y miró a la gente que esperaba. Y esta vez habló en el idioma de los antepasados.

—¿Tenéis dinero para pagar el tratamiento?

Ahora Kino buscó en algún lugar secreto, debajo de su manta. Sacó un papel doblado muchas veces. Pliegue a pliegue, fue abriéndolo hasta dejar a la vista ocho pequeños aljófares deformados, unas perlas feas y grises como úlceras, aplanadas y casi sin valor. El criado cogió el papel y volvió a cerrar la puerta, pero esta vez no tardó. Abrió la puerta apenas lo justo para devolver el papel.

—El doctor ha salido —dijo—. Le han llamado por un caso muy grave —y se apresuró a cerrar, lleno de vergüenza.

Y entonces una ola de vergüenza recorrió la procesión entera. Todos se dispersaron. Los mendigos regresaron a la escalinata de la iglesia, los rezagados huyeron y los vecinos se marcharon para no presenciar la pública humillación de Kino. Durante un largo rato, Kino permaneció ante la puerta, con Juana a su lado. Lentamente, volvió a ponerse el sombrero de suplicante. Entonces, sin previo aviso, dio un fuerte golpe en la puerta con el puño cerrado. Bajó los ojos para mirar con asombro sus nudillos rajados y la sangre que caía por entre sus dedos.

- 1 Subrayá** en el texto las siguientes palabras. Luego, buscalas en el diccionario y **copiá**, en una hoja aparte, las acepciones que correspondan.

jergón – malsano – ascua – arrebol – plañía – férreo – acerado – cabestrillo – aldabón

- 2 Tachá** en las siguientes afirmaciones lo que no corresponda.

- El narrador de esta historia *participa* / *no participa* de los hechos y los relata en *primera* / *tercera* persona.
- El narrador *sabe* / *no sabe* todo lo que piensa y siente Kino.

- 3 Completá** el siguiente cuadro. Luego, **subrayá** al protagonista.

PERSONAJES PRINCIPALES	PERSONAJES SECUNDARIOS

- 4 Releé** el fragemento de la novela prestando especial atención a las caracterizaciones de los siguientes personajes. Luego, **escribí** una descripción de cada uno.

• Kino:

.....

• Juana:

.....

• Médico:

.....

- 5 Escribí** una descripción de cada una de las canciones que escucha Kino.

• Canción de la familia:

.....

• Canción del Mal:

.....

6 **Marcá con una x** las opciones correctas.

Los antepasados de Kino habían sido...

- ☐ agricultores.
- ☐ grandes creadores de canciones.
- ☐ compradores de perlas.

Atemorizada al ver al escorpión, Juana...

- ☐ corrió en su ayuda.
- ☐ repitió un antiguo conjuro y susurró un Avemaría.
- ☐ comenzó a llorar desconsoladamente.

Cuando el médico se negó a atender a Coyotito, los vecinos...

- ☐ intentaron derribar la puerta.
- ☐ se marcharon para no presenciar la pública humillación de Kino.
- ☐ acompañaron a la familia hasta su cabaña.

7 **Conversá** con tus compañeros a partir de las siguientes preguntas y, luego, **escribí** tus conclusiones.

a. ¿Por qué Kino escucha la música del enemigo cuando llama a la puerta del médico?

.....

.....

.....

b. ¿Por qué el médico dice furioso que no es un veterinario y no quiere atender a Coyotito?

.....

.....

.....

8 ¿Cómo creés que continuará y finalizará la historia? ¿Qué papel cumplirá la perla? **Escribí**, en una hoja aparte, lo que hayas imaginado como si formara parte de la novela. Para hacerlo, respetá el tipo de narrador del texto.

9 **Organicen** una tertulia literaria para compartir sus producciones.





www.labrujitadepapel.com.ar | fb: La Brujita de Papel